

La marcha de Azcárate

Cuando el Sr. Azcárate se declaró republicano suelto é independiente, le dedicó José Ferrándiz un artículo del que conviene hoy reproducir una gran parte, porque lo retrató de mano maestra, como á cuantos piensan y obran como él, no negándole ninguna de las buenas cualidades que posee, ni adjudicándole las que no tiene. Obra de imparcialidad y justicia, responde al alto fin de que la opinión republicana no continúe mixtificada respecto al hombre que ayuda á los monárquicos en su tarea de gobierno, ni se pierda el tiempo lamentando que no esté en el Congreso el republicano que ningún servicio prestaba allí á nuestro partido, antes por el contrario, le perjudicaba mucho, matando esperanzas, apagando entusiasmos y amenguando energías. Dijo así Ferrándiz:

«Azcárate por fin ha hecho dimisión del cargo que no debió ocupar nunca, y se ha declarado independiente ó suelto, eso sí, después de haber emitido su valioso voto en el Instituto de Reformas y Chinchorrerías Sociales á favor de los carlistas. Vaya con Dios, puesto que, como cristiano también suelto, en El cree su señoría, y demos gracias al hado, al diablo ó á quien sea, por habernos librado de esa rémora insufrible y apesada. Cantemos con el profeta David, aunque no era cristiano, pero sí rémora: *Laqueus contritus est, et nos liberati sumus.*»

—¿Pero usted, señor articulista, ¿quiere que no hubiera republicanos de sentido conservador? Eso es un imposible.

—Lo que yo desearía, señor interruptor precipitado, es que no hubiese *entreverados* ni clericales más ó menos manifiestos; eso. En España casi nadie sabe lo que es ser conservador, ni hay concepto de esa dirección ética. Aquí, cuanto más conservador más autoritario y más cercano del clericalismo. En todas partes ese calificativo no expresa más que la idea de conservar las conquistas hechas, dejando á otros elementos más avanzados el intento de otras nuevas. Aquí no podemos considerar así á los conservadores monárquicos ni á los republicanos, que padecen tocados del prurito retrógrado y de una veneración rayana en idolatría hacia la Iglesia. Con tendencias semejantes no se puede figurar en el republicanismo español más que á título de estorbo, y un estorbo han sido en él constantemente esos clericales disfrazados de derechistas. Ellos se encargan de aguar el vino á título de respeto con las ideas de la multitud, aún no educada; otras veces con pretexto de garantizar todas las libertades, las del enemigo inclusive; cuando no es eso, echan el pie atrás para no asustar á la masa que jamás se asusta, al menos no lo dice, ó se lo manifestará sólo á esos señores que parece como que le administran sus miedos.

Y así como en el desarrollo de la política de la monarquía son los retrógrados los que llevan siempre la dirección, ésta corre á cargo de los *entreverados* en el republicanismo español, y así pelea él. La martingala es conocida, mas por desgracia no todo lo que debiera. Consiste, y apunten los que lo ignoren, en considerar á España como nación constituida que normalmente se desenvuelve en el camino del progreso; nada, que somos una Inglaterra chiquita ó unos Estados Unidos en miniatura. Mucha serenidad, mucha calma, libertad para todos, lo mismo los amigos que los adversarios; cuidado con el derecho: el fraile y la monja son hombres; hasta les parecen españoles á nuestros *entreverados*; hay que reconocerles su derecho á creer y á vivir en consonancia con su fe; si ésta es contraria á la libertad, para eso está la persuasión, la polémica y el choque de las ideas; pero no toquéis al derecho, porque seréis unos tiranos en nombre de la libertad.

Luego en la práctica lo que resulta es que tan egregios maestros apoyan todas las tiranías y coartan asimismo las libertades; el clericalismo cuenta con ellos como auxiliares indirectos de la mayor eficacia, y los republicanos no los encuentran cuando la libertad necesita de sus esfuerzos

Azcárate era el alma de este juego, la personificación de ese tipo de *entreverados*, verdaderos mestizos del liberalismo; serios, correctos, estirados, doctorales y... llenos de miedo á la libertad. No, ellos no pueden ser jacobinos ni populacheros; en su concepto, el verdadero obstáculo del progreso no es la Iglesia, son los impacientes (nombre que dan á los convencidos ferrosos), los radicales. No juzguemos nosotros á estas eminencias, ¿para qué? Juzgádas nos las dan los monárquicos, que no los respetarían, ni los atenderían ni mimarían como los atienden y miman, ni los consultarían, ni contarían con ellos en componendas á la sombra, si en ellos vieran á los buenos laborantes de la República. Si el alfonsino y el carlista viven en perpetuo abrazo, algo conveniente á ambos los unirá: ¿qué puede determinar las amistades, los respetos, los favores y las aproximaciones de los hombres de la Restauración con estos republicanos del justo medio, sino el interés de la monarquía? ¡Buenos son los alfonsinos clericales! Nadie más desconfiado y huraño que ellos con el que saben que pudiera serles adverso. Contemos el número de amigos particulares de Azcárate, y luego veamos las ideas que profesan; los republicanos serán la minoría; ¿qué otra demostración después de ésta podemos desear?

Pero seamos justos con el que nos deja. Que no crea nadie que á estas alturas acusamos á D. Gumersindo de defección anterior y concomitante á su último acto. No. Azcárate fué, es y será republicano. La monarquía jamás lo contará entre sus huérfanos. Azcárate no ha hecho nunca traición á sus ideas ni á su partido; ni ha cambiado de bisesto: le falta flexibilidad de espíritu para eso. Azcárate no se ha entregado ni ha claudicado; el secreto de su personalidad es otro, secreto porque nadie ha publicado, aunque muchos lo conocen. D. Gumersindo es una inmensa medianía, una mentalidad vulgar de catedrático, un temperamento de burgués distinguido, correcto, pacífico, honrado, puesto que él cree no hallarse en conflicto entre su conciencia y sus obras, pero cortísimo de alcances, estrecho de horizontes, escaso de ideas propias, incapaz de arrestos y de desentonos en su actitud de patriótico docente y de hombre de ley, refractario á todo movimiento de violencia y... dotado por la naturaleza, como su admirador, amigo y discípulo Salmerón, del don incomparable del desacierto. La torpeza de Azcárate es tanta en el terreno político, que deja t. mañita á aquella tontería ingenita de Silvela, que Cánovas ponderaba á grandes voces: hé ahí todo.

Los seres inferiores son teatro de un fenómeno aun inexplicable porque la ciencia psíquica no lo ha estudiado bastante. Me refiero á una especie de instinto que los posee, y con cuya virtud se sienten arrastrados á la adoración del enemigo y á imitarlo. ¿No vemos ese fenómeno en los alfonsinos, arrojados á los pies del carlismo y del Papa, de quienes saben que los odian, los desprecian, y si pudieran los destruirían? ¿No presencio la historia el espectáculo de la corte de D. Isabel II postrada ante Montemolín y su hijo, y fraguando á la descubierta el golpe carlista de la Rábita? Pues fué una consecuencia de esa enfermedad.

Cuando el ser inferior es republicano, mira á sus correligionarios como cosa propia y á la libertad como los sacristanes á Dios. Castelar, otro degenerado, veneraba á la Iglesia, miraba con respeto á la monarquía y desdeñaba á la libertad y á sus adoradores. ¡Bah! ¡los republicanos! ¡los de casa! Llegó á decirse hastiado de la libertad como el marido de la posesión de su mujer; apenas se llamaba Pedro, pero no hablaba más que del Papa y de la regente, para censurarlos, sí; pero hablaba, no se le caían de la boca, ellos y todo lo que le parecía serio, gubernamental, aristocrático, sobre todo lo aristocrático. Esos seres, regularmente nacidos en la nada y llegados á algo como todos sabemos, son víctimas de pujos de distinción y señorío, las prendas que hallan en el enemigo á quien combatieron, y no en los amigos, toscos, rudos, francos y hasta brutales que les ayudaron á llegar. ¡Oh la Iglesia! Es una gran fuerza, tradicional y mental: la monarquía, otra fuerza; la aristocracia ó patriótica, también fuerza. Y naturalmente, la debilidad interna, pueril y casi femenil de los entes inferiores, tiene que rendir admiración á lo que cree fuerte, como la mujer inferior venera y ama al matón que la abo-

fetea, como la Iglesia se rinde al tirano que la persigue y la despoja, como el niño respetado al colega que á puñetazos vence á los demás compañeros.

Todo republicano ó liberal panza al trote salido de las capas inferiores, en cuanto se eleva empieza á ver en Maura un dios, como sus predecesores vieron otro en Cánovas, otro en Nocedal, á quien trataban casi arrodillados y llenos de miedo, como aún hoy besan el anillo de los obispos, y si un día, formando parte de una comisión, entran en palacio, allí dan el espectáculo del pavo orondo y á la vez admirado, ó el del caballo del coche real, que cabecea orgulloso de su penacho.

No son, pues, imputables á culpa estos instintos, siquiera produzcan en quien los padece el sino del desacierto, y el desacierto sea caer siempre del lado del despotismo, como ha caído Azcárate, hombre de gustos selectos y aristocráticos, patriótico y maestro por temperamento, mentalidad de segundo orden que se ha nutrido siempre de la convicción ó ciencia de otro; fonógrafo de Spencer, de Macaulay, de Krausse, de Nontesquieu, de Benjamín Constant; de lo dicho, de las ideas hechas; secuaz de los tratadistas, habitante del mundo de gabinete y heraldo del pensamiento ajeno, un poco adornado de fraseología propia. ¿Qué ha hecho Azcárate realmente original? Absolutamente nada. Es orador porque habla bien y no se trabuca, pero no artista de la palabra; es abogado, pero no sabrá llegar á legislador; político, pero sin iniciativas fulgurantes; catedrático, mas no verdadero maestro, sino un buen repetidor. De todo sabe algo; personalidad saliente, propia y brillante, esa no puede tenerla; no valdría ni para ser un Maura, *oficio* aseguilado al primer trampolinista audaz y desahogado: le sobra para ello corrección, gravedad y pulcritud.

Así se explica su continuo fracaso político, la medianía de su obra literaria y la exigüidad de frutos cogidos en la cátedra. El mismo hecho de afiliarse al veronzante y ridículo krausismo y dentro de él á la derecha, á los llamados jesuitas del librepensamiento, demuestra su propensión al error. ¿Dónde lo hemos visto siempre? En la derecha. ¿Hacia dónde se ha inclinado? Hacia el autoritarismo. ¿Cuál ha sido su labor constante? Restar fuerzas á lo que avanzaba, poner obstáculos y triquiñuelas, crear logomaquias, entrar en componendas y cabildeos y concluir por caer del lado de la monarquía y de la tiranía.

Con profunda tristeza le hemos visto organizar esa moderna inquisición casuística del Instituto de Reformas Sociales, y allí ejercer de cardenal prefecto, como los de las congregaciones pontificias, para decidir si habrán de cerrar á las doce los horchateros y abrir á las ocho su tienda las barberías. Por este lado aventaja en casuismo á los jesuitas. Se sabe que pertenece á una congregación católica sin ser católico; se le ha visto del brazo (asi, materialmente) de Nocedal, visitando el correccional frailluno é inquisitorial de Santa Rita de Carabanchel y elogiando el sistema de los franciscanos que visten de amarillo á los corrigendos, los mueven á palos y los uncen al arado como bestias. El ha dicho que desea mucha libertad para las Ordenes religiosas y que no hay derecho para expulsarlas; él ha protegido, mimado y contemplado á los reaccionarios del Instituto de Reformas, donde ha concluido por unir su voto al de los carlistas. Cuando se trató de la cuestión del principado de Asturias, á Azcárate consultaron; su voto fué favorable al hijo de Caserta, á la tendencia hacia la casa de Austria; y poco que se pavonearon los monárquicos retrógrados y los carlistas con aquel dictamen! Claro, lo daba un republicano... un republicano de Su Majestad, como los nuevos anticlericales de Su Santidad. Ahora habla en público mitin contra la ley del terrorismo; ¡él, que había encontrado magnífica la de Administración local y que había sido para Maura casi una ninfa Egeria después de haber lanzado á Salmerón por la pendiente de todos los retrocesos hasta el abrazo á mosén Salas! Y así siempre.

¿Claudicación? ¿Infidelidad? ¿Ser un falso republicano? ¡Ah! no; simplemente corrección, distinción, aristocraticismo, guante blanco, perjenio de hombre superior, sensatez, serenidad de juicio, horror al jacobinismo, ideas hechas; utilitarismo, no; Azcárate no se ha hecho rico; no cultiva su bufete sistema Dato, ó Maura, ó Melquiades Alvarez;

pero él no puede vivir más que entre gente *comme il faut*, y esa gente no es republicana; además, adoración de la fuerza y predominio de la erudición de cátedra; he ahí todo; no me tacharán de parcial y de no hacerme cargo.

Creo, pues, que no hemos perdido mucho los republicanos. No se ha *soltado* de nuestro redil para ser independiente, vulgo unguento amarillo, nadie á quien necesitaríamos. Nos están haciendo falta hombres como Cromwell, como Robespierre, como Prim, como Gambetta, como Ferry, como Combes; eruditos y catedráticos de levita y *smoking* á la *dernière* los hay á puntapiés, cuando hacen falta, y ahora salen excesivamente baratos.

JOSÉ FERRÁNDIZ

LA AMNISTIA

Va el gobierno á conceder una para los llamados delitos de opinión. No quiere que los liberales se granjeen esa simpatía si suben al poder.

En Barcelona y otras varias poblaciones se están celebrando mítins para pedir que sean incluidos en la amnistía los obreros condenados por los sucesos de Alcalá de Valle, y que llevan ya seis años en presidio.

Me adhiero de todo corazón á esa petición justa.

La romería nacional

Ha vuelto á negar el gobierno la autorización para celebrar la del 18 del corriente, y ha vuelto Pérez Galdós, diputado por Madrid, á pedirla, señalando la extensa planicie situada en las inmediaciones de la Fuente de la Teja.

Volverá el gobierno á negarla seguramente y se volverá á pedirla, estrechando los términos hasta obligarle á que diga claramente: «no nos da la gana.»

Y algo iremos ganando con esto.

«El agua menuda es la que hace barro.»

La impiedad en marcha

Estoy encantado. ¡Qué cuaresma más delectosa y qué Semana Santa más divina!

Por ninguna parte se han visto gentes dedicadas á esas prácticas devotas, serias y solemnes que hacen dudar, por lo menos, de si en España habia efectivamente fervor religioso. Nada. Se onía á la legua que las frecuentadoras de templos iban á pasar el rato, á que los demás viesen que iban. Y todos á ver á alguien; las *ellas* á los *ellos*, y los *ellos* á hacer guinos á las *ellas*, primoramente vestidas, coquetonamente peinadas, y calzadas, como decía un andaluz amigo mío, como las *propias rosas*.

La población tan animada como en carnaval; las carnicerías, salvo alguna que otra, bien provistas y llenas de compradores; los escaparates exhibiendo cada plato probado que daba gusto, y por añadidura, banquetes de promiscuación á todo pasto.

Los hombres importantes de la política, que alardean de fervientes católicos, marchándose al campo, durante la Semana Santa, como diciendo: «¡ahí queda eso!», en vez de acudir, humildes y contritos, á los templos á aburrirse con sermones y misereres. En fin, todo el mundo, menos los profesionales de la hipocresía, los esclavos de la costumbre, ó los forzados del qué dirán, olvidados de que, asistiendo á esas fiestas, se ganan á millares eso que creo que llaman indulgencias, y que me parece haber oído asegurar que sirven para salir cuanto antes de un correccional que dicen que hay no sé dónde, y que, si no me es infiel la memoria, se llama una cosa así como Purgatorio...

Y viendo y observando todo esto, excuso añadir que he pasado una Cuaresma divertida, confirmándome en la idea, tantas veces expuesta por mí, de que aquí nadie cree realmente en nada; que la reacción religiosa que advertimos es aparente, por no estar basada en la fe, y que es fácil destruirla combatiéndola constantemente con toda clase de armas, pero sin olvidarnos de que la más eficaz es la del ridículo.

La carcajada es el explosivo más poderoso para destruir el agrietado baluarte clerical

Papeles viejos

LA VISITA

Para J. R.

Querido amigo: Recibí su carta, grata por las excelentes noticias que me da, más grata aún por ser testimonio de una buena amistad.

¡Que cuente cosas! Una hay, mas para narrarla como merece necesitaría una pluma capaz de verter en signos todo el horror, el dolor y el odio de mi alma, la inexplicable mezcla de desprecio, de rebeldía y de conmiseración que siento.

Ayer hubo visita de cárceles, y todos los presos que tienen pendiente algún proceso desfilaron ante la Audiencia para que los magistrados les contaran... lo que ya sabían casi todos.

Más de quinientos hombres y sobre veinte niños formaron en la tremenda revista, ¡pasaban de ciento los descalzos! Cuando anteayer se trató de ponerlos a todos en condiciones de indumentaria decorosa—¡qué mal empleamos los adjetivos!—sólo había dos docenas de alpargatas.

Recuerde usted lo más espantoso que haya visto ó leído y ni aun así tendrá idea de lo que era aquel hacinamiento de harapos y desnudeces. De quinientos, ni ciento cubrían por entero sus carnes, ni treinta vestían con relativo decoro, ni diez demostraban bienestar con su ropa y su calzado.

Y todos habían procurado adecentarse en señal de respeto a los magistrados! ¡Y en el desfile—condenación inapelable de un régimen social—no formó la legión de *quinientos*; en las trágicas filas de este ejército siniestro no estuvieron ni los *blasfemos*, ni los presos gubernativos, ni los degenerados, ni los desdichados que aquí empuja en oleadas la policía, incluso porque los asilos rebosan podre social...

Un horror, cuya contemplación hace renegar de esta maldita barbarie con capa de civilización en que vivimos, un horror que da sensación invencible é inexpresable de gangrena.

¡Qué valen las doradas y aun risueñas apariencias de esplendor, ni las trazas de firmeza y solidez de nuestra Sociedad, cuando en el subsuelo de ella viven y se agitan estas espantosas larvas de la miseria y del delito!

Usted sabe que en los abismos del mar viven seres á quienes la total ausencia de luz y las enormes presiones que sobre ellos gravitan dieron formas que en lo terroríficas superan á las quimeras más inverosímiles labradas por los artifices de la Edad Media. Pues la revista ha reunido en hileras inacabables una fauna no menos monstruosa: la fauna de los abismos sociales, abismos también sin luz, abismos sobre los que gravitan las presiones formidables de la iniquidad, la injusticia, la explotación, los prejuicios, la miseria, la ignorancia, la desigualdad, el hambre. ¡Pobres de todos si los que están en las cumbres no ven pronto la ignominia que mis ojos contemplaron ayer!

A las doce formaron las fuerzas desarrapadas, sucias, famélicas de este ejército, no del crimen ni siquiera del delito, sino de la desdicha, de la ignorancia y de la miseria; hasta las seis de la tarde no desapareció en la última celda el último vestigio de tanta podredumbre. A esa hora había vuelto el horror á su antro y la cárcel tenía el consuetudinario ó hipócrita semblante de limpieza y de blancura... Hasta dentro de seis meses no volverá á reunirse la asamblea de lacerias, de carroñas...

Los magistrados cumplieron á conciencia su cometido, enterando á cada uno del estado de su proceso, de la petición fiscal, de la fecha probable del señalamiento, y hasta, por virtud de la visita, han salido en libertad algunos pobres diablos que llevaban de encierro bastantes meses ó semanas más de las que supondrá la condena, en el caso de que se los condene...

Viendo á aquellos seres pensaba yo en cuáles podrían haber sido sus delitos, sus atentados contra la propiedad, cuando ni aun cubrir sus carnes podían, y pensaba también en lo que ocurrirá el día que éstos y otros desdichados que sufren parecidas desnudeces y quizá más hambre, los desdichados encerrados en las cárceles que se llaman fábricas, talleres, minas, canteras, obras, cortijos, hartos de sufrir y conociendo que la vida que arrastran no vale la pena de ser defendida ni ahorrada, se resuelvan á arrollarlo todo.

Ese día será indudablemente el día primero de la Justicia, y quizá de él date en lo futuro la era de la civilización...

Le abraza su amigo,

J. J. MORATO

16 Abril 1908.

En la Cárcel Modelo

Fuga evitada

Supo el viernes el director Sr. Salillas que iban á fugarse dos presos por uno de los locutorios generales, y el sábado á las siete y media de la mañana los sorprendió ayudado por el vigilante D. Manuel Alonso y un cabo y dos soldados de la guardia

A los presos les fueron ocupados en el momento de la fuga: un formón completamente nuevo, un serrucho de hoja estrecha, también nuevo; una navaja de muelles de las llamadas de Albacete, de regulares dimensiones y un trozo de jabón utilizado en suavizar el serrucho. Además un lfo de ropa con un pañuelo de hierbas, dos tapabocas y un sombrero flexible.

Al ser recluidos en la celda de castigo, uno de los sorprendidos declaró que el serrucho y el escoplo los *había entrado en la prisión un empleado*, aunque no diría su nombre; y esto lo afirmó ante los empleados D. Marcos Espinosa y D. Francisco Mora, encargados de talleres y del sótano, respectivamente.

El parte dado por el encargado de la cuarta galería á las ocho de la mañana, fué *sin novedad*. El preso de la 4.^a, Juan Riquelme faltaba de su celda, la 712, hacía más de dos horas y estaba ya en la de castigo.

¿Qué decir después de esto? Que es preciso acabar cuanto antes con este estado de cosas.

Esperaré el resultado de la interpelación pendiente en el Congreso acerca de la conducta que el director de Penales y el ministro de Gracia y Justicia vienen observando con el Sr. Salillas.

Si diese por resultado la dimisión de esos señores, que sería lo lógico, ganaría mucho la idea de la Reforma Penitenciaria, que ellos combaten sin atreverse á decirlo públicamente. Pero si, después de los cargos incontestables que seguramente les harán, permanecen en su puesto, habrá que comenzar una campaña dura, basada en hechos horribles de esos que ocurren casi á diario en las cárceles y los presidios, sin que esos señores procedan enérgicamente con sus autosres, partidarios todos de lo tradicional en el ramo.

Allá veremos.

Donativo

Leo en la prensa local que nuestro *convencino D. Guillermo Garvey ha hecho un obsequio á Pío X de 60.000 pesetas y que éste le ha enviado su bendición en una carta autógrafa.*

Que el poseedor de una fortuna (aunque la haya adquirido ó aumentado estrujando á cuantos desgraciados cayeron en sus garras), haga de ella lo que quiera, no me extraña; pero sí que se hagan donativos al que se nombra representante de Cristo en la Tierra habiendo en España tanto hambriento, tanto desvalido...

Si el jefe del catolicismo, como cuantos le rodean, sintiesen hacia los pobres la piedad de que blasonan, de seguro que lejos de admitir esos obsequios y bendecir al que se los hace, le recriminarían por faltar á la doctrina que según ellos predicó el martirizado por los escribas y fariseos de su época.

No se concibe que mientras miles de obreros reclaman trabajo ó solicitan un pedazo de pan para mitigar en algo el hambre de los suyos, se ofrezcan y se acepten esos donativos.

Fijense los obreros en la conducta de estos cristianos señores, y comprenderán las mentiras que se esfuerzan en hacernos creer pintándonos á un Dios que ellos mismos insultan al obrar como obran, al decirnos que nos hará disfrutar en la obra vida de los beneficios que á ellos les proporciona en esta.

¿Hasta cuándo, pobre España, soportarás cobarde ó resignada el yugo que te oprime?

E. V. M.

Jerez de la Frontera

El sacrificio

La viejecita hablaba con voz trémula y balbuciente; los nietos escuchaban con débil ansiedad; la luz mortecina del candel de negrido combinaba, con la lumbrarada del llar, proyecciones sombrías sobre el grupo ingenuo.

—...Y habéis de saber, hijos míos—siguió la sibila inspirada—que el hada azul le dijo al joven: «Porque fuiste en el pensar atinado, porque en la vida fuiste bueno, yo he de concederte un sublime don. Si fueres muerto por azar ó injusticia, resucitarás al tercero día.»

Y, andando, andando, el joven llegó hasta la cueva de unos bandidos. El jefe de los malhechores ordenó que fuese apresado, y allí, en unión de otros cien infelices, fué guardado en una mal oliente y oscura mazmorra.

Eran de ver las lágrimas y de oír los sollozos de los condenados á muerte. Todos temían que el alba llegase, pues con ella habría de llegar la aflicción y el quebranto.

Nuestro héroe conservaba, empero, sereno el espíritu. Poco antes de que el gallo cantase el exámetro virgiliano, se hizo llevar á presencia del malhechor y le dijo con sublime entereza:

—¿Quieres sangre? Toma la mía; pero perdona á mis compañeros. Yo sólo fui quien osó delatarte; sólo sobre mí debe recaer la sanción de tu justa venganza.

Y entonces el capitán de la banda le hizo matar y ordenó la libertad de los otros. Y mientras, enajenados de alegría, se alejaban los que alcanzaron inesperada misericordia, el protegido del hada azul quedó traspasado en el campo por la daga del bandolero.

Pero el hada no faltó á su promesa. Tres días después, cuando ya los bandidos habían reanudado su marcha, resucitó y se encontró sano y bueno, como si no le hubiera ocurrido el menor accidente.

Y, desde entonces, la memoria del joven se conserva y es reverenciada en aquellos lugares, porque supo ser grande y sacrificarse por los demás.

—¡Qué bonito!—dijeron los niños á coro, y palmotearon la peregrina fábula.

Uno solo quedó silencioso; por su frente pasó una sombra. Por fin, alzó la pequeña cabeza pensadora y preguntó á la anciana:

—Diga usted, abuelita, ¿ese muchacho tan generoso sabía que iba á resucitar al tercer día?

—Es claro—le contestó la abuela.—El hada azul se lo había dicho.

—Entonces—dijo el niño con noble franqueza—¿qué mérito tuvo el morir?

La historia no dice lo que la vieja pudo contestarle; lo que sí dice el comentarista es que si hubieran discurrido de esta manera todos los hombres, se hubiera ahorrado la humanidad muchos siglos de luto, de ignorancia, de persecución y de estupidez.

ANTONIO ZOZAYA

Hace poco estuvo en Nules un misionero, y dijo en el púlpito que la Iglesia tiene una bula para que pueda salvarse el católico que la compre, aunque haya robado ó cometido un crimen.

Claro que es verdad, pero no conviene propalarlo mucho. Si ignorándolo la mayoría hay ya tantos ladrones católicos ¿qué no ocurriría si todos se enterasen?

También dijo que en Francia habían renegado de Dios, expulsado á sus ministros y convertido los templos en cuerdas; pero que estaban ya arrepentidos y pedían á Dios que los perdonase.

Claro que es mentira, pero les conviene repetírselo á los tontos, para que no caigan en la tentación de imitar á los franceses, y dejen de darles dinero.

Que es, en suma, lo que se trata de demostrar.

DESDE BILBAO

¡He aquí la villa invicta que salvaron Espartero y Concha! La brecha del cañón, el hendir de las balas, el desgarrar de las bayonetas, ahuyentaron con su empuje indómito la hez del pasado.

Brilló el sol de la Paz. Enjugó con su luz fecundante el campo yermo; calentó el hogar aterido con la ausencia del hijo soldado y ahora vuelto á sus lares. Todo renació á la calma y la dicha. Pero allá, en la sima sin fondo del corazón humano, quedaba el veneno reconcentrado del odio y la baba infecta de la venganza. ¡La *revanche!* No vencieron con la fuerza, mas vencerían con la astucia... La nueva guerra había comenzado.

Lento, medroso, pero sutil, perseverante, fué el trabajo de zapa que emprendieron. Parapetados en el primitivo reducho de la mojonería femenil, desde allí asestaban sus tiros certeros contra el alcázar de la Libertad y minan sus muros amasados con sangre de héroes, cada vez más de cerca, rodeándolo impertérritos entre las profundas tinieblas.

Doce iglesias, quince conventos, veinte cofradías... Piérdese hasta la memoria en tanta borrachera de religión para una villa de 90.000 almas.

En la niñez, en la juventud, en el municipio, en el patriarcado provincial, hasta en el tugurio indefenso del pobre obrero, extiende el pulpo negro sus tentáculos poderosos. En treinta y seis años de labor metódica y consentida ¿qué fruto opimo no ha de obtener tan tenaz enemigo?

Así vemos que, aquí una asociación, allá un patronato, acullá un gremio, doquiera un convento, la estrategia clerical cerca de fortalezas el baluarte que fué de la libertad de España. ¡Qué vergüenza, oh víctimas del Montañol! ¡Qué de huesos enterrados sin fruto en las vertientes de Somorrostró!

Los *aires de fuera* son dañinos en esta villa. Al espejismo de su riqueza, entre el ambiente de su fanatismo secular, la larva

desquiciadora del clericalismo corroe minuto tras minuto estos cimientos, sólidos un día. Siempre fué el árbol de Guernica símbolo de un pueblo fuerte y libre; hoy á su nombre se cobijan sólo los hipócritas y los canallas.

Amantes de nuestro *terruño*, no aborrecemos aquí la patria común que defendieron nuestros abuelos en las Navas y en Lepanto; adoramos la verdad donde quiera que se encuentre y defendemos la justicia donde quiera que se la escarnezca.

Nuestros verdugos de ayer son hoy nuestros jueces; pero si hemos de ser condenados, sepamos morir con honra.

JUAN CRUZ ZULIAGA

Bilbao. Abril 1909.

Dinero en festejos

Los diputados provinciales de Valencia son muy rumbosos; nada menos que trece mil duros han destinado para festejar al rey cuando visite la ciudad del Turia.

—¿Y han hecho tal sangría á su bolsillo particular?

—Hombre, ¡ni que fueran tontos! Disponiendo, como disponen, de los bienes comunales, ninguna necesidad tienen de rascarse la bolsa; el pueblo da para todo y deja hacer. Ellos son buenos monárquicos y se entusiasman con las instituciones; pero no hasta el punto de sacrificarse por cuenta propia, sino por representación; el régimen ante todo.

—Y ese derroche de percalina y flores de trapo, pues en esto vienen á parar casi todos los festejos reales, ¿no perjudicará á otros intereses muy dignos de atención y respeto? La Diputación Provincial de Valencia ¿tendrá cubiertas todas sus atenciones?

—Cubiertas y hasta encubiertas. Los maestros de primera enseñanza no han visto allí en cinco años el aumento gradual que esa Corporación debía pagarles. Promesas sí han visto muchas; mas dinero, no; como no lo hay...

—Pues ¿y esos trece mil duros?

—Caballero, es usted demasiado impertinente. No faltará en Valencia quien se encargue de averiguar de dónde se extrae. ¡Buenos son aquellos amigos para callar ante lo que no creen justo! Los oirán los sordos

Otro sinvergüenza

Un Manuel Escudero, maestro en los talleres de los Astilleros del Nervión, ha sido infestado de la peste religiosa y sucumbido al catolicismo en Bilbao.

Con este motivo los periódicos clericales han puesto el rebuzno en el cielo, ponderando la eficacia de la fe, que ha llegado hasta al estómago de un hombre que ha sido nada menos que anarquista.

Si por pescar un boquerón en los mares de la impiedad se ponen tan contentos, ¿qué no harían si atrapasen una ballena como yo? Enloquecerían.

Que tiendan las redes, pues yo estoy dispuesto á dejarme pescar, como les he dicho varias veces: diez millones de reales á toca teja, y les prometo hacerme tan católico, tan hipócrita y tan sinvergüenza como ellos. Pero lo que es de balde, ó poco menos, *nequaquam*. Ya que me lleve el diablo, que me lleve en coche.

La religión del obrero

He sido nombrado albacea testamentario de uno de los presos de Alcalá del Valle, de Salvador Mulero, atacado de cruenta enfermedad. Ayer lo vi, en aflictiva situación, en el penal de San Miguel, tendido sobre su cama, arropado como en los rigores invernales, apagadas las pupilas en hondo dejamiento, sonando su triste voz en el concierto de pidos y gorgoros de las avejillas que revolotean á corta distancia, descubriéndose las al través de las rejas; pequeños animalitos que son gigantes de libertad.

Acompañábame un excelente pedagogo y juntos acompañamos á un señor notario, todos requeridos por el infortunado preso, un exhombre que parece entre muros, lejos de su mujer y de su hijita, imágenes que le acompañan en la soledad de la cárcel, últimos recuerdos que se borrarán de la mente del condenado cuando la sangre se niegue á circular.

¿De qué somos albaceas su pobre Josefa y yo? Vi sobre una mesilla unas botellas vacías, unos frascos de medicinas, unos botes de leche manufacturada. ¿Qué herencia lega Mulero? A la vista de tanta pobreza nada en apariencia. Pero entre los envoltorios trapajosos de la cama, palpitan aún una voluntad

y un pensamiento. No podemos repartir riquezas materiales; ni su compañera ni la hijita de su alma recibirán conducida en su último aliento la caricia de la fortuna que tantas lágrimas seca, que tantos mentidos cariños consuela. ¿Qué ha de dejar el misero jornalero, preso ya seis años, el robusto campesino que entre las mallas del Código perdió su libertad y entre las privaciones y amarguras del presidio ha perdido sus pulmones, cuanto tenía? Su vida no es ya suya: pertenece á unos enemigos diminutos, invisibles, que la devoran en plena orgía, en báquico festín de carne y de sangre.

Rodeamos su cama. Sobre su cabecera vemos un hombre y un número. Cuando arranquen éstas marcas, Salvador será libre: le habrá indultado la muerte, que es siempre, siempre, más generosa que los hombres; tan generosa, que al arrebatarlos nos envuelve eternamente en el beso infinito de las tinieblas. Mulero nos contempla y no nos teme. Supone que vamos á prestarle un buen servicio: escribir y atestiguar su última voluntad. Todos sus bienes son sus ideas. ¿Qué mayor riqueza? ¿Cuán triste debe ser morir cargado de oro, bajo el peso de la brutalidad, que es una horrible dolencia que no duele! ¿Qué horrible debe ser morir sin ideas! ¿Qué amargo, también, recordarlas todas al tiempo de morir!

El depositario de la fe pública pregunta en qué religión milita Salvador. — ¡En la del obrero! — murmura débilmente el condenado.

Al oír tan sublime y sintética expresión me invaden las lágrimas. Siento horripilaciones de frío en la piel. Se empuñan ante mi alma los genios, los héroes, los filósofos; se derrumban las leyes, palidece la sociedad toda, caen los dioses estrepitosamente, y con la voluntad y el espíritu quisiera agigantarme hasta llegar al cielo para escribir en su pizarra con letras inmensas como el espacio: ¡*Todo es mentira!*

¡Sí, pobrecillo Mulero; en esa religión que te llevó al martirio descansará tu cuerpo. Tu alma pertenece á nosotros, á todos nosotros; que todos los obreros del mundo, todos los proletarios de alma atlética y rebelde, somos tus albaceas. Con pedazos de alma obrera, mutilada, injuriada por la iniquidad, hemos construido nuestro estandarte. Cuando cierras los ojos para siempre, se inundará tu cama de vivísima luz; y en esos rayos, en los que palparán millones de insectillos ébrios de alegría y de calor, cabalgarán victoriosas tus doctrinas, que son las de la humanidad futura.

Valencia.

F. AZZATI

Ni en broma

Oyó decir un amigo mío de Bilbao que era muy original y gracioso lo que decían en las iglesias sobre la muerte de Judas, y subió á oírlo á la de Begoña.

A poco de entrar vió que un cura, el que ejerce de sacristán y que tiene fama de chulo, bajó del coro y la emprendió á bofetadas y coces con los chicos hasta despejar el templo.

Después, con un libro debajo del brazo izquierdo y un martillo en la mano derecha, comenzó á espantar á los hombres con unos modales y unas palabras que no parecían sino que estaba loco ó borracho.

Mi amigo tomó la puerta con otros concurrentes y juró no volver á poner los pies en una iglesia, así le digan que va á encontrar en ella lo que no existe: curas prudentes y bien educados.

¡Oh lectores! Miráos en ese ejemplo, y ni por broma frecuentéis un templo.

¿Quién es peor?

A pesar de haber en Coria fábrica y almacén de curas, pues hay obispo, llamaron á un fraile de no sé qué Orden para que predicase la novena de San José. De las cosas que dijo puede juzgarse por las que apuntó.

Echando de menos los tiempos benditos en que los frailes eran achicharradores de hombres, y comparándolos con los actuales, se avergonzó de ser español, como yo me avergüenzo de los liberales de hoy al compararlos con los de 1835.

Hablando de unos cómicos laicos que allí actuaban, afirmó que á alguno de los que fueran al teatro aquella noche lo sacaban entre cuatro (lo que no ocurrió), y que no absolvería á los que fuesen luego á confesarse con él, descubriendo, además, sus nombres. Y logró infundir tal miedo á los oyentes, que aquella noche se llenó completamente el teatro.

Uno de los días se presentó en el púlpito con una calavera, que había paseado antes por el templo acompañado de dos mona-

guitos con velas encendidas, y dijo: «Hoy no os predicaré el padre misionero; os predicaré un alma del otro mundo.» Al ver y oír aquello, algunos fieles se salieron, pero los más se quedaron; y mi fraile, haciendo juegos malabares con la calavera, se despachó á su gusto.

Leo esto, y muchas veces me quedo perplejo, sin saber si condenar á quienes lo hacen, ó á quienes lo toleran. Los primeros cobran por embaucar... Los segundos pagan por ser embaucados... Estos son estúpidos... aquéllos, aunque brutos en su mayoría, son listos para vivir á costa ajena...

No sé qué decidir. Posible es que acabe por ponerme de parte de los frailes contra los feligreses, como me pongo siempre de parte del timador contra el timado; aunque ambos inmorales, el último tiene la agravante de la tontería.

En fin, lo pensaré.

ANDANDO POR MADRID

Para las mujeres.

En el número anterior dimos la noticia de que se trata en un proyecto de ley de crear cerca de 500 plazas servidas por mujeres con sueldos variables de 1.000 y 1.250 pesetas al año dependientes de la Dirección general de Correos y Telégrafos.

Según nuestras noticias, se trata de abaratar el franqueo postal y telegráfico, cobrando por las cartas del interior de las poblaciones sólo 5 céntimos y por los telegramas á 10 céntimos la palabra reduciendo el minimum de percepción á 50 céntimos. Se aumentan relaciones en todos los pueblos de más de 4.000 habitantes que hoy no lo tienen y se simplifica extraordinariamente la contabilidad entre el Estado y los Municipios.

Se establecen buzones en los tranvías y se crean oficinas auxiliares en los extremos de las poblaciones, lo cual nos satisface, porque aunque no sea por el artículo publicado el 11 de Febrero en esta sección y otro que publicamos hace tres años, ratifica con el hecho la necesidad y conveniencia que defendíamos.

Respecto á que ocupen plaza las mujeres, tal vez surja discusión abogando porque sean hombres; para nosotros es un progreso que se dé entrada á la mujer sola en la lucha de la vida.

La actual sociedad considera á la mujer como un ser inferior, y dando al hombre toda suerte de prerrogativas, se las limita á ella. No la educa, no la instruye; sólo se le enseña desde chiquitas que su misión es el matrimonio; y cuando crecen, ni oficios bastante retribuidos á cubrir sus necesidades, ni empleos, ni carreras cortas, ni nada que signifique emancipación.

Son esclavas desde que nacen hasta que mueren, y hoy el tirano es un padre ó un hermano, mañana un marido, y al otro un amante; pero siempre un hombre, que puede ser monárquico ó republicano, socialista ó anarquista. Todos estamos conformes con esta organización; y aunque la encontremos injusta, por tradición, costumbre ó egoísmo seguimos en ella y censuramos una leve falta de la mujer, pasando inadvertida una grave en el hombre.

Todos los días leemos noticias de fallecimientos de maridos que dejan mujer y varios hijos pequeños. ¿Qué será de ellos? La mujer no está acostumbrada á ganar y sus hijos necesitan comer. La miseria ó el vicio llamando á su puerta. Los niños al asilo ó al arroyo. Si se dieran más medios de vivir á la mujer se disminuiría la *golferancia*.

Con la nueva carrera algo se hace. Una mujer viuda ó soltera en una población de 4.000 habitantes con sus once realitos y casa puede vivir; y como además en las horas de servicio tendrá muchas en que no tenga que hacer, puede atender á sus hijos y hasta buscarse otra pesetilla, con labores, enseñanza, ú otro trabajo que pueda hacerse sin desatender su obligación, que es de presencia en la oficina.

Según nuestras noticias el Centro de Hijos de Madrid tiene en estudio la instalación de clases preparatorias gratuitas para mujeres que quieran hacer oposición y no tengan recursos.

¡Bien por los madrileños!

JUAN PÉREZ

La plaza de verdugo

Sesenta médicos solicitan la plaza de verdugo de Sevilla. Esta noticia, que publica un periódico, monda, desnuda de abalorios espirituales, es todo un poema, dice más y tiene más enjundia que las interminables hileras de números con que las estadísticas tratan de persuadir á los españoles de que hay gentes que perecen de hambre, otras que no tienen oficio, y muchas, las más, que no

saben leer ó ignoran para lo que vale la cultura. Sesenta médicos que optan á la plaza de verdugo, es un dato bellísimo para hermoear un poco la historia de España del siglo xx. Y si á esto se une la cifra exorbitante de abogados y médicos que concurrirían á las oposiciones de Policía y los que concurren á las de Correos y Telégrafos, se tendrá el valor exacto de algunas carreras, se verá la suma de necesidades que hace necesarios los oficios oficiales y se obtendrá el límite de aspiraciones de nuestra juventud. A más no podía llegarse. Consoladores deben de ser los tiempos en los cuales la plaza de verdugo es la gran esperanza de un hombre de carrera, la amable quimera de un mozo que tiene esperanzas, ambiciones y ensueños.

O mucho honor se le concede hoy al oficio de verdugo, ó todo está ahora tan bajo, que hay nobleza, orgullo y altivez en el cargo de ejecutor de la Justicia. Tal vez haya un poco de las dos cosas. La juventud no tiene á lo presente campo de lucha que brinde sonadas victorias y clamorosos rendimientos. Todas las ideas tienen por triunfo único el destino oficial. En ciencias, en artes, en política, en todo, la fama y la victoria no son más que patentes para agenciarse una nómina. Nuestros grandes hombres apenas consiguen con el producto de sus obras lo necesario para igualarse á cualquier empleado de un ministerio. Científico, artista ó político, á la postre todo es semejante, y las tres cosas conducen al mismo ministerio, al mismo Negociado ó á la misma Dirección. Así, los miles de pesetas con que suelen pagarse los servicios del verdugo aseguran la vida, proporcionan idénticas comodidades y se ganan tan honradamente como si se obtuviesen trabajando en un laboratorio, desojándose sobre los libros ó produciendo acabadas obras de arte. ¿Qué más da! Las necesidades de la vida no dejan el huelgo necesario para pensar en lindezas y se impone el positivismo.

La juventud de hoy es práctica y no gusta de malgastar el tiempo en sutilezas imaginativas. La época de los románticos, de aquellos pobres hombres que creían en sentimientos y se dejaban matar por una idea, pasó, por fortuna. La vida tiene hoy más exigencias. Las escuelas y Universidades son ahora fábricas de hombres de carrera. La cultura no tiene más valor que aquel que se considera indispensable para poseer un título académico. El problema enya transcendencia preocupa á la gente moza es el de hacer innecesaria á la mujer en la vida moderna. Lo demás importa muy poco ó nada. Lo mismo da poner las aspiraciones en el oficio de verdugo que en otra profesión cualquiera. Se trata de vivir, y las aspiraciones, las esperanzas, las ambiciones y los ensueños que no se acomodan á la realidad deben conceptuarse como locuras peligrosas, que las más de las veces son la única razón de que exista el verdugo.

GUSTAVO

Se me dice que los maristas de Badalona han maltratado brutalmente á un niño llamado Juan.

Como todos los días recibo noticias de estas, no puedo ni insertarlas todas, ni entrar en detalles. Llenaría el número.

Por esto repito:

Los padres que envían sus hijos á esas escuelas, saben á qué los exponen. Y cuando los mandan será por que les gusta que sean maltratados.

La ética de este siglo

Vergüenza nacional

El «caso» Saillias es cosa tristísima que apena el ánimo. Lo que fué campaña sorda de diámación, maquinación tenebrosa de los «intereses creados», ha ido elaborándose hasta salir á la superficie, como sale el cieno cuando se remueven las aguas de las charcas.

Cuantos juzguen con desapasionamiento los hechos, todos los que amen el progreso, aquellos que suspiren por ideales redentores, deben mirar doloridos el espectáculo vergonzoso de quienes apelan á todas las armas para destruir al enemigo que callada y rectamente borra prejuicios, destierra crueldades y convierte en sus manos la ley de algo inflexible y duro en acción paternal, queriendo llegar al penado dominando en su corazón, haciéndole confiar en el porvenir, por cuanto les muestra los tesoros de ternura que ellos ignoraban poseer.

Al sistema brutal del vergajo que dominaba momentáneamente por el terror, opone la bondad y dulzura, que eternamente encadenan por el amor. No se le quiere entender y sus doctrinas se reputan como fuente de indisciplina y pernicioso procedimiento criminalista.

¿Pero es la teoría lo que repugna? No, no se va contra la doctrina por ella misma ni la teoría se combate en sí; es que ese método requiere, para que al aplicarlo produzca sus resultados lógicos, que el canchero olvide costumbres de expoliación, renuncie

á la ganancia ilícita, no quiera convertir la ley en Celestina amable por el dinero y porque ello supone mermar de modo notable los ingresos anuales que quedarían en tal caso reducidos á la exigua soldada que les reparte el gobierno.

Y cuando el peligro incierto es ya una realidad, se pretende que un preso asesino vuelva á asesinar, desaparecen objetos de valor, se facilita la fuga de tal ó cual condenado, para hacer imposible la vida del ilustre hombre que sacrificó su independencia y posición en aras de santos impulsos redentoristas.

Y en tanto el país, la opinión, la masa neutra, todos esos despreciables tópicos, que pregonan nuestra lacayuna condición de servidumbre, siguen con indiferencia el duelo, sin ayudar al generoso Quijote, como si no se ventilase algo muy grande y muy hondo; dando implícitamente la razón á quienes erigieron en sistema el garrote ó el dinero como nuevo elemento de corregir á los desgraciados que designamos con el infamante apelativo de delincuentes.

LUCENTUM

ESTADÍSTICA

Recuerda un periódico, con datos de un escritor inglés, viajero por España, que hace un siglo había en este país 16.689 miembros pertenecientes al clero parroquial, 5.771 asistentes, 10.873 sacristanes, 5.503 acólitos, 13.244 ordenados de patrimonio, 10.774 pertenecientes á las Ordenes menores, 23.692 canónigos de catedrales y otros beneficiados, 61.617 frailes, 32.500 religiosas, 1.130 beatas, 61.127 encargados de pedir para los pobres y 2.705 inquisidores. En total, 188.625, para una población de 10.268.150 habitantes que tenía España en dicha época.

Estos datos vienen á desmentir á cuantos niegan el progreso. Hoy tenemos más curas y más frailes que entonces.

Demos gracias por tan inmenso beneficio á la divina Providencia, y...

¡Libertad y á ellos!

RIOTINTO

EL TIEMPO ES ORO

Al vista de pájaro. — La galera y la locomotora. — Como se pierden las piernitas. — Hipocresía inglesa. — El maquinista loco.

El espectáculo es imponente y curioso.

Desde la carretera de la Mesa se divisa Riotinto al pie, con sus calles empinadas y tortuosas, con sus centenares de casas derribadas por el pasado hundimiento. Y alrededor de Riotinto, el amplio anfiteatro de montañas que lo rodea aparece cortado, escarpado é inaccesible por unos sitios y tajoado en bancos por otros. Por estos rellanos van y vienen los trenes, rugiendo, silbando, formando un toldo de humo que tiembla sobre Riotinto. Todo es quietud en el pueblo, y si alguien clama, sus clamores no llegan á las alturas. Todo es movimiento y fragor en torno. A lo lejos se oyen roncadas detonaciones, que estremecen los montes, y las locomotoras no dejan de pasar trasudando y silbando.

Un espíritu avizor é inquieto palpita y preside alrededor. Nadie ni nada está quieto. Tiembla sin cesar la montaña, ruedan las piedras, y los hombres, que á distancia parecen pigmeos, suben, bajan, corren, saltan, hacen extraños movimientos.

Allá enfrente, un fragmento de la montaña se ve confusamente desgarrado. Una gigantesca máquina avanza deslizándose sobre unos rieles que el sol poniente dora. Por el opuesto lado se acerca una lustrosa locomotora arrastrando grandes vagones de hierro. Hay momento en que ambos monstruos parecen contemplarse frente á frente. Ruge la máquina, silba la locomotora, y ambas avanzan un poco al borde del abismo. Luego sale un rumor profundo de la gigantesca máquina, se oye sacudir de cadenas, y un largo brazo de hierro terminado por mano descomunal sube y baja arañando en el monte destrozado. Cada vez que la mano sube, lleva su buen puñado. Terrible y victoriosa permanece un momento en alto, se abre pausada, y deja caer su carga en el primer vagón que sigue á la locomotora. Los bloques resuenan sordos, y el polvo flota en torno. Al tercer puñado el vagón rebosa y las piedras ruedan: algunas rebotan en el banco y descienden como balas al abismo. Grupos de hombres desescombran la vía; la locomotora vuelve á silbar; avanza dos ó tres rodadas y otra vez se detiene: el segundo vagón espera su carga. Menos tiempo que en decir esto necesita la gran máquina palera para llenar los vagones. Al poco el tren está cargado y huye impetuoso por el banco, tan ligero como al ir de vacío. Otro tren llega en seguida y ocupa su puesto en la «corta».

No es fácil contar los trenes que en una sola hora corren por los bancos del amplio anfiteatro. Creo que baja poco de ciento cincuenta las locomotoras que la Compañía de Riotinto tiene para su peculiar servicio. ¿Y cómo se realiza este servicio?... Viendo correr los trenes por estos tortuosos bancos, he pensado en el joven guardafrontera de las

piernas cortadas que venía de Huelva y en los innumerables cojos que por todas partes se ven sirviendo de guardaaguas ó destinados por la Compañía á otros menesteres. ¡Lo sorprendente es que el número de víctimas no sea mayor!

El trabajo de estos hombres es terrible y febril. El tren va galopando y los veo correr al lado; de pronto, dar un salto y afanzarse entre dos vagones, subir á lo alto ó ir corriendo de uno á otro apretando ó aflojando frenos. Un traspies, cualquier nimio descuido... ¡y la muerte súbita! Hay que cerrar los ojos para no ver la tragedia que se presente cuando el tren va en lo más fogoso de la carrera, y ellos entre dos vagones, con los pies en los móviles topes, sufriendo todo el cuerpo las bruscas é incesantes sacudidas del convoy, que rueda por las faldas de los montes. ¡Y cuando la máquina va á más de moderada marcha y ellos han de pasar entre una y otra vagoneta, y andando ó corriendo, tienen que enlazarlas ó desenlazarlas!... En estos peligrosos momentos, como al ir de pie en los inquietos topes, no es extraño que el guardafreno caiga á tierra, y que cuando el tren haya pasado deje detrás una masa de sangre, de carne y de huesos.

No es extraño; pero tampoco es lo más frecuente. Lo frecuente es que se pierdan las piernas al poner el tren en marcha. Los vagones carecen de buenos asideros, y un trozo de hierro saliente sirve al guardafreno de estribo. Necesitan estar hábilmente familiarizados con el peligro, tener puños de hierro y un ojo muy seguro para no caer al primer intento de saltar el vagón. Aun así, el accidente es frecuentísimo; la mano que al saltar no se afianza, el pie que no se posa ó que resbala, el ojo incierto que no mide con exactitud la distancia, da con el hombre en tierra, medio cuerpo fuera de la vía, el otro medio dentro; centenares de toneladas pasan por encima, y cuando el tren se ha alejado, dentro de la vía quedan dos trozos inertes de hombre, y fuera de ella un trozo que palpita, se revuelve y da alaridos.

—Ellos tienen la culpa!— suelen decir los ingleses y los españoles inglesados.—Se han familiarizado con el peligro y no prestan la debida atención.

¿Pero es que esa atención sostenidísima puede aguantarse durante doce horas? ¿Es que la intensidad de la atención no multiplicaría los casos de accidentes? ¿Es que la precisión de la mirada, la agilidad de los nervios, esa maestría en el hacer, se logran sin llegar á un alto grado de automatismo y sin esa inconsciencia que anula la percepción del peligro?...

—De todas maneras—dicen los ingleses y los españoles inglesados—está prohibido que los guardafrenos tomen los vagones en marcha.

Es verdad, el reglamento lo prohíbe; pero durante doce horas se viola el reglamento en ciento veinticinco ó ciento cincuenta trenes que diariamente corren por malas vías en los dominios de la Compañía tronchando piernas y aplastando hombres.

—Si algún ingeniero nos viese subir estando el tren en marcha, los castigaría.

Sin duda; estos ingleses saben cubrir las apariencias. Si subiesen ó bajasen á dos palmos de sus narices, los castigarían; pero si median algunos metros, ya no los verán, aunque todo el mundo pueda verlos. Pero es el caso que los guardafrenos dependen del maquinista; si éste hace frecuentes paradas para que los otros realicen en seguro sus trabajos, perderán tiempo y retrasarán el servicio, y como el tiempo es oro para un inglés, y la Compañía no gusta de perder el oro, le dirán por la noche que sólo ha realizado tantos viajes, que es inepto para el servicio, y poniéndole la cuenta en la mano le enviarán á su casa.

Esto no conviene al maquinista, y su ideal es imitar á aquel furioso compañero—portugués por más señas—que cada día mataba á algún hombre lanzando su máquina como una exhalación.

—Hasta cuándo?—le preguntaban á cada accidente...

—Hasta que yo mismo me aplaste. Y un día se aplastó.

M. GIGES APARICIO

La "buena" prensa

Los individuos pertenecientes á la Conferencia de San Vicente de Paúl, de esta capital, há tiempo que nos visitan y reparten unas hojitas de propaganda religiosa que, unidas á sus peroraciones chillonas y faltas de razonada argumentación, nos van resultando un tanto pesadas é impertinentes.

A algunos de mis compañeros de cautiverio he debido hacerles notar la inutilidad de las visitas y trabajos de dichos señores; pero me han objetado que si les escuchan es por la necesidad que sienten de una prenda de vestir, prenda que suelen facilitarles llevados de sus «sentimientos piadosos y caritativos».

Al final de una de las hojitas de referencia, y después de encarecer la vida que se imponen los que se consagran al monasterio, en particular las religiosas, las hijas de la Caridad, «que vuelan al campo de batalla para recoger el último suspiro del moribundo, y restañar la sangre del soldado, mientras el estúpido del cañón hace retem-

blar la tierra, y el fuego y la metralla ponen espanto en el corazón de los valientes», con una estupidez rayana en el idiotismo, con cinismo sin igual, dicen:

«Alerta, católicos! Destruir la Iglesia de Jesucristo empezando por las órdenes religiosas y continuando por el clero seglar, he aquí la orden que del centro masónico de París se ha comunicado á cuantos están afiliados á tan tenebrosa secta, y de una manera particular á los que dirigen la cosa pública. Por eso á orar y á obrar, católicos españoles. A no dejar penetrar en nuestras casas ni el *Heraldo*, ni *El Imparcial*, ni *El Liberal*, ni el *A B C*, ni ninguno de esos periódicos liberales que hacen causa común con el liberalismo y masonismo, contra la religión de Jesucristo y nuestra católica España. A trabajar con todas nuestras energías para que no entren ni los lean en ninguna casa donde podamos ejercer alguna influencia.»

¿Comentarios? Ninguno por nuestra parte; sólo, si, diremos que continuaremos leyendo con avidez el *Heraldo*, *El Imparcial*, *El Liberal*, el *A B C*, *El País* y *EL MOTIN*, siempre que podamos, y que de las *Hojitas Cordobesas* haremos el uso que... más nos convenga. ¿Estamos?

S. C.

Prisión Correccional de Córdoba.

DE ACTUALIDAD

Regla general: el español tiene dos muletilas ó frases para todos los actos de su vida; bendito sea Dios, ó lo contrario. ¿Que la cosecha es buena, le resulta un negocio á medida de sus deseos, ó le toca un pico del gordo? Pues lo primero. ¿Que le da guerra la suegra ó le toca mujer ligera (no de peso)? Pues lo segundo. Y lo mismo que de Dios, decimos del gobierno.

Esto, que parece una pequeñez, tiene más trascendencia de lo que se cree, pues es consecuencia lógica del sistema educativo genuinamente español; en tutela hasta el pensamiento, justo es descartar el pro ó el contra sobre nuestros *desinteresados mentores*. Afortunadamente hoy ya el pensamiento es casi libre.

De no interpretarlo así, no sabríamos cómo explicar este modo de apreciar los hechos, ni menos la relación que puedan tener en nuestros actos voluntarios Dios ni el gobierno. Entendemos que Dios diría á nuestros primeros padres: *ahí tenéis la tierra, ha ced uso de sus tesoros*; y lo que realmente hay es el abuso, pues el uso no se ve por ninguna parte; nos referimos al aprovechamiento de las fuerzas, riquezas y medios naturales que, si no es posible al hombre en absoluto someter á capricho, si le es fácil obtener, algunas veces con poco gasto y menos esfuerzo, beneficios que sólo una incuria manifiesta dejan estériles ó convierte en amenaza constante del individuo ó la colectividad.

Esperar el remedio de nuestros males en todo ó en parte de los gobiernos no lo creo lógico, dada la característica de los españoles; y pues los gobernantes son hijos del país, adolecerán del defecto general.

Ni la ocasión ni el medio me parecen lo más á propósito para estudiar el problema y menos aún indicar soluciones; preferible es confiar en el propio esfuerzo individual, que sumando muchos se hará colectivo, y la esfera de acción podrá llegar á su círculo de radio indefinido, pudiendo así prescindir de la tutela del gobernante, que no tendrá razón de ser puesto que nada ha de gobernar, y el bien ó el mal obtenido será exclusivamente obra del esfuerzo común.

Que esto es un hecho probado, lo demuestra en cuestión de higiene los adelantos y mejoras que la humanidad ha tenido en el espacio de dos siglos, sin querer retroceder á más, comparando lo que eran las llamadas *epidemias* que generalmente asolaban ciudades y territorios, siendo sólo producto ó consecuencia de las pésimas condiciones que la ciudad ó región infestada tenía, y á su vez contagiaba á otras, llevando los gérmenes ó microbios (hoy son todos microbios), que según sus cualidades topográficas, climatológicas ó higiénicas resistían ó aceptaban la invasión.

Hombres de ciencia, estudiosos, santos, verdaderamente santos, vieron el mal y la causa natural, real, humana de donde procedía, y trataron y tratan de atenuar sus efectos; y lo consiguieron y siguen consiguiéndolo, pues las tales epidemias van desapareciendo, debido al esfuerzo personal, no á medidas gubernamentales. Por esto vale un Cajal más que todos los Alejandros, un doctor Rubio que todos los Cánovas, Sagastas, Mauras, etc; un Jenner más que el Cid, pues si éste diz que ganó una batalla después de muerto, Jenner hace un siglo que viene ganando muchas.

Ahora bien; el problema de la higiene es muy complejo, los orígenes de las epidemias son diversos y sus efectos están en proporción de lo abonado que hallan el terreno para el contagio. Que en Madrid lo encuentran muy abonado, las estadísticas lo prueban. Sin investigar las causas desde el punto de vista sociológico, sino concretándonos al aseo personal y la limpieza doméstica, nos encontramos con que los primeros elementos son el agua y el oxígeno; y que la primera llega con cuenta gotas al 70 por 100

de los habitantes de Madrid y que del segundo sólo tienen noticia por los anuncios de los balones. Con esto, y jornales ó sueldos de dos á cinco pesetas, no puede en verdad pedírseles mucha higiene.

¿Tiene remedio este mal? Sí. Y consiste en prescindir de intereses bastardos, de política menuda, de santones, y unirnos todos bajo un ideal de razón y justicia hasta conocer y poseerse cada uno de su deber y derechos por medio de la instrucción laica; y una vez capacitado el pueblo para gobernarse, se obtendrá todo aquello á que por la ley natural tiene derecho todo hombre; disfrutar de la vida sin trabas ni restricciones. En una frase, que debe ser tan vieja como la humanidad, estriba la solución del problema. La frase es ésta: *La unión hace la fuerza*.

Unámonos para salvarnos, y la salvación vendrá.

BALMES

Las hienas carlistas

Únicamente los carlistas, que tienen ingerto de inquisidor, son capaces de actuar de hienas. De aquí que no nos haya sorprendido, si bien nos ha indignado el que un diario carca, olfateando el cadáver de un librepensador, haya clavado las garras en su tumba hasta dejar al descubierto las miserias de la materia ya en descomposición. Paz á los muertos, olvido á las debilidades del que fué, respeto á la memoria de un hombre honrado, de un esposo, de un padre, de un buen ciudadano, son prácticas de virtudes que jamás pueden anidar en el pecho de un carlista.

Negros por fuera y por dentro, como el cuervo, son los profanadores de cadáveres; pertenecen á la familia de los sátiros que danzan macabramente alrededor de la carne muerta antes de injuriarla con su vil contacto.

Y se comprende que quienes de esparcir la muerte viven, no la respeten. La mano que ha llevado la pluma para injuriar á don Juan Cañellas, es seguramente la de uno de aquellos curas trabucaires que acompañaron á sus colegas de Aleabón y Santa Cruz en su odisea de asesinatos y robos. Quien ha cometido la villanía de injuriar al noble y leal amigo muerto, es uno de esos sacerdotes que manchan el hábito que visten arrastrándolo por el lodazal del vicio. El que ha escrito esas líneas dictadas por un odio feroz, es un mal nacido. Y si los que leen ese diario no protestan, será sencillamente porque carecen de sentido moral, porque se hallan á la misma altura de sentimientos que quienes redactan ese papel vergonzoso.

Si D. Juan Cañellas fué cura y renegó de serlo, pruebas dió de hombre digno, y su mejor título á la consideración nuestra y de los que insultan su memoria, es precisamente dicho acto. ¿Consiste, acaso, la moral cristiana, en permanecer fiel á una fe en la que no se cree y á la que seguramente se habrá de faltar? ¿Estriba en vestir un traje que, repugnando á la conciencia, constituye una hipocresía y es una traición evidente?

El secreto de la iniquidad cometida no lo es para ninguna persona de buen sentido, de las que tienen ojos para ver y oídos para escuchar la verdad. La Iglesia católica prefiere á los curas que hipócritamente ocultan la pérdida de sus creencias y practican de ocultos toda suerte de vicios, que á los sacerdotes que, convencidos de que no deben serlo de una religión explotadora y apartada del progreso y del espíritu de los tiempos, recaban su libertad de hombres y se emancipan de la tiranía eclesiástica para contribuir con el fruto de su inteligencia y de sus actividades al bienestar de sus semejantes. Y es que practican sus doctrinas haciendo todo lo contrario que han puesto en boca de Jesús. Son los sepulcros blanqueados de que nos habla la Biblia. De aquí que canten *responsos* como el apuntado, á los mueren fuera de su comunión. De castigo de Dios califican la muerte del Sr. Cañellas. La fortuna para ellos es que ese Dios no existe, pues si existiera, ¿qué sería de semejantes miserables? ¿Dónde irían á parar estos traficantes de la mentira, estos aprovechadores de los despojos humanos, estos embaucadores ensotados? El infierno con todos sus horrores creados por imaginaciones de enfermos alucinados y de perversos, tal vez no tuviera sitio adecuado para su castigo.

¿Cuán satisfechos no debemos estar los republicanos de haber permanecido alejados de toda solidaridad con los carlistas!

EL PROGRESO

Barcelona.

ENTRE BEATAS

¡Tin! ¡Tin! ¡Tan! ¡Tan! ¡Ton! ¡Ton!

—¡Hija! con ese ruido de las campanas no oigo una palabra de lo que me está usted diciendo.

—Es que tocan á gloria. Es que ha resucitado Cristo.

—¡Dichosa cuaresma y qué larga es!

—Vamos, no se queje usted, que con la Bula ya se puede pasar.

—Aun así, son muchos días de ayuno y

de abstinencia de carne. Eso que en casa, como mi marido y yo estamos tan encenques, no hemos podido ayunar un solo día.

—Pues lo mismo ha pasado en casa. Como Jaime, mi esposo, tiene tanto trágín, mi hijo está tan delicaducho, mi niña tan anémica y yo padezco tanto de flato, pues, hija, el ayuno lo hemos pasado por alto. Además, las comidas de vigilia no nos prueban á ninguno.

—Lo mismo nos pasa á nosotros. —Y luego como los pobres no podemos salir de las espinacas y del bacalao... Porque, con buen salmón y buenas langostas, ya comería yo de vigilia.

—La verdad es que estas santas costumbres se van perdiendo más cada día.

—Es que hay mucha impiedad y muchos periódicos malos. Además, como nunca faltan malos ejemplos... Porque, la verdad, se ven unas cosas, que si no fuera porque una tiene muy arraigada la fe...

—Diga, diga.

—Y que no sirva de murmuración, puesto que hemos de comulgar mañana. Es que vive en el segundo de mi casa un capellán, y en toda la Cuaresma, ni aun en Semana Santa, ha entrado en su casa una sardina.

—Habría comido otros pescados.

—¡Quí! Buenas chuletas y buenos trozos de lomo; lo sé por la misma tocinería donde compran.

—¡Ave María!

—Así están ellos de lucidos; porque él está gordo, pero la *majordona* es una valenciana que pasa de 100 kilos.

—¡Jesús!

—De modo que ya ve usted qué penitencia hacen esas gentes. Y me callo otras cosas más gordas.

—Cuenta, cuenta.

—Cosas muy feas y que no se pueden decir.

—Pues, hija, franqueza por franqueza. ¿Sabe usted lo que me dijo aquel capellán picado de viruelas que confiesa en Santiago?..

—Alguna atrocidad.

—Pues que eso de la Bula era una tontería, que él no la había comprado nunca, que ese papel es un saca dineros que se embolsan el Papa y los obispos, y que ningún cura las compra.

—Pues cuando él lo dice ya sabrá por qué.

—¿Cómo está el clero, doña Rosa!

—Dígamele á mí, que no salgo de las iglesias. Y qué, ¿ha oído usted muchos sermones estos días?

—Más de veinte, pero no eran ninguna cosa del otro mundo; ¡como siempre dicen lo mismo!

—Yo estuve todo el Jueves Santo visitando sagrarios... Por todas las iglesias no se veían más que bandejas y mesas de petitorio... ¡lo que es estos días bien se calzan las botas los curitas!

—Por Dios, no diga usted eso. ¡Si nos oyera nuestro confesor!...

—Sí, sí; tiene razón. Sin pensar se le va á uno la lengua y...

—A propósito, ¿no se ha enterado usted de eso de doña Juana?

—¿La de la Adoración Nocturna? Ya lo creo; dicen que si su esposo la sorprendió no sé de qué manera en la sacristía de... Ya pudiera ser, porque aquel vicario las gasta así... ¡Dios nos libre de un mal cuarto de hora!

—Y que el Señor nos tenga de su mano, porque no puede una decir de esta agua no beberé...

—¡Ay, sí señora! Pero las que tenemos fe, si caemos nos levantamos pronto. ¿Llevó usted cirios para el monumento?

—Este año, no; porque el pasado me enteré que como había tantos no los ponían, los partían por la mitad y los vendían luego.

—¡Bendito sea Dios, y qué miserias! Yo tampoco he llevado ninguno.

—¡Vaya hasta otro ratito! Mañana á las ocho es la comunión en San Jaime y no debemos hoy disipar el espíritu.

—Tiene usted razón. Hasta mañana, y buenas Pascuas, doña Rosa.

—El Señor se las dé muy felices, doña Cristeta.

FRAY GERUNDIO

Un maestro del Hospicio ha pegado tal puntapié á un niño asilado, que se halla gravísimo sin esperanzas de salvación.

Aún predomina el bárbaro procedimiento de la *letra con sangre entra*, puramente católico, inquisitorial, y continúa la presión de arriba comprimiendo á los humildes. ¡Qué falta está haciendo una purificación en las escuelas, en los institutos llamados sarcásticamente benéficos, asilos, hospitales y demás organizaciones del antiguo régimen!

Al pueblo le toca barrer todo esto y abrir las ventanas, para que salga el polvo y entre la luz, si no quiere asfixiarse.

La caza del oso ó el tendero de comestibles

El clericalismo muere de la peor de las enfermedades: del ridículo.

Jacinto Benavente, el insigne dramaturgo primoroso escritor y concienzudo observador de las costumbres, en su inimitable monografía sobre la personalidad literaria del inmortal Figaro, ha tomado del natural este cuadro que debe ser conocido de todo el mundo.

«Invitaron unos señores á otros, sus amigos, á pasar con ellos unos días en su casa de campo; aunque no eran devotos, ni mucho menos, creyendo que lo serían sus huéspedes, habilitaron un oratorio para que no les faltase diariamente el santo sacrificio de la misa. Los invitados, que eran aún menos devotos que sus amigos, cuando vieron aquellos extremos de religiosidad se creyeron en el caso de una cortés correspondencia y les suplicaron que á la misa de la mañana se añadiera una parte del rosario por la noche.»

Aquí parece que está uno oyendo á los invitados decirse en la intimidad de la alcoba:

—Pues nos han fastidiado esta gente; mira tú que convidar á uno á pasar unos días alegres en el campo y obligarle á oír misa todos los días y á soportar que el zopenco del capellán presida la mesa y bendiga los alimentos...

—Pues, hijo, es preciso tener paciencia; es de buen tono el oratorio privado y quedáramos como unos groseros si nos excusáramos de ir á misa.

—Es verdad; y aún debemos proponerles que se rece por las noches el rosario, pretextando que es ésta antigua práctica de familia, y así entenderán que lo que es á religiosos no nos ganan.»

Los otros por su parte:

—Hemos hecho un pan como unas hostias convidando á estos baturros; lo que es ella ya me parecía á mí, dice la señora, ave capellanera.

—No, pues lo que es él, replica el marido, atufa á incienso, y milagro será que no pertenezca al gremio de jesuitas de sotana corta.

—Pues no hay más remedio que resignarse y rezar todas las noches el rosario, y con no invitarlos jamás asunto concluido.

Oratorios privados donde se dice misa, por lo menos todos los domingos, erigidos en casas de cocotes y entretenidas, algunos pudiera yo citar sin que nadie me desmintiera. Queridas de personajes, visitadas y aduladas por curas y frailes, conojo más de una. Y casas aristocráticas donde se celebra misa del gallo como aperitivo del gran banquete de Nochebuena y del obligado baile, y se despacha al capellán con seis pesetas poniéndole á tales horas en la calle aunque lleve chuzos de punta, las podría citar á docenas.

El pugilato de la mentira religiosa está en todo su apogeo, con la particularidad de no haber nadie que no esté en el secreto. Los beatos se rien á solas de sí mismos y ponen como un guinapo en privado á los que temen como á la peste bubónica en público. Es verdad que la moral de los unos y de los otros suministra materia más que suficiente á la murmuración.

Esto ni siquiera es hipocresía: es la coacción del medio ambiente carnavalesco en que agoniza una sociedad podrida, desquiciada é ignorante. De esta corrupción general saca buen partido el clericalismo, transformación del sentimiento religioso que explota la mentira convencional, ahora bajo la novísima forma catequística, con especial organización de agentes colegiados y zurupetas de la Bolsa jesuítica.

Está en boga la caza del oso; del obrero gandul, del cómico de la legua sin *bolos*, del malefa sin posible empresario, del cesante perpetuo, de todos los que bostezan y pisan con el *contra*.

Sabe bien el jesuita el terreno en que siembra y poco le importa que lo sepan los demás; que creen ó no sus sometidos y sometidas; que lleven la vida que les dé la gana; lo importante es presentar entre las larguísimas listas de los que practican los ejercicios de San Ignacio, generales, coroneles, marqueses y condes, banqueros y comerciantes, trabajadores, cómicos y toreros; conservadores, liberales, republicanos y socialistas, para hacer ver que dirigen todas las cosas de la sociedad, el clero secular inclusivo, que los obispos han puesto á sus pies.

Esto ya lo intentaron Chateaubriand, Montaigne y Carlos Perier, que tenían buen olfato, y últimamente el conde de Mun y Paul Casagnac y hasta León XIII; pero el horno social no estuvo nunca para tortas clericales, y todos fracasaron.

La fe cuando se pierde es como un cristal que se rompe, y no es posible disimular la compostura. La única salvación de la Iglesia sería echarse en brazos de la razón, y el Papa acaba de excomulgar al paladín del cristianismo científico y de la democracia católica, el sabio sacerdote liberal Romualdo Murry, diputado á Cortes recientemente elegido por la Romaña.

La misión del clericalismo, que conoce el secreto, que está muy distante de la rememoración de la fe perdida, no es religiosa sino civil, no es celeste sino terrenal, no es

divina sino humana, no es moral sino política, no es honrada sino criminal. Los que la fomentan, sirven y ayudan, son miserables ayudantes del verdugo de la sinceridad, de los enterradores de toda nobleza de sentimientos, de todo arranque de independencia colectiva ó individual.

Los periódicos de Bilbao vienen llenos de sabrosísimos relatos de la caza del oso por los jesuitas, con podencos hembras que levantan los obreros de las fábricas y talleres para que entren en el *portillo* de Durango, donde les esperan las mejores escopetas de la Compañía de Jesús, cargadas con los perdigones zorreros de los ejercicios de San Ignacio. Los ejereitantes cumplen con dejarse traer y llevar gratis á Durango, cobrar íntegros los días que no trabajan, atiborrarse de carne, tomar cinco ó seis merluzas de buen vino y hacerse los catequizados ó muertos de risa.

Grandes industrias, como la de los Altos Hornos, envían sus obreros, republicanos, socialistas, ácratas, librepensadores y ateos, á practicar ejercicios espirituales con los jesuitas y á emborracharse; ateos, librepensadores, ácratas, socialistas y republicanos que se prestan á semejante miserable juego; toreros que se agencian contratas confesando y comulgando, modistas que hacen parroquia mintiendo devoción, señoras perdigueras que rastrean la escasez y la miseria para proporcionar puntos figurados al tapete de Loyola, obispos que consienten estas fulléras, clero que calla, católicos sinceros, si los hay, que no protestan...

Nada, que esto muere de la peor de las enfermedades: del ridículo.

CANTAFLARO

Fraile hidrófobo

Los frailes nos están ahorrando la mitad del trabajo á los clerófobos; son nuestros más activos colaboradores en la tarea de emancipar á los pueblos. Porque tonto ha de ser quien siga creyendo en las virtudes de la religión católica, cuando ve á sus ministros hacer tantas barbaridades como hacen aquí desde que se los expulsó de otras naciones más avisadas y más celosas en procurarse la paz que la nuestra.

Entre los principales barbarizadores, ninguno como ese prior dominico que suelta su chorro de palabrotas desde el púlpito en Jerez de la Frontera, en la capilla del Calvario, al celebrarse unas fiestas religiosas por la Hermandad del Santo Entierro.

No deja hueso sano á las instituciones (ya he dicho que es un buen colaborador), ni respeta leyes; además, trueno contra todas las clases sociales, altas, bajas, medias; contra los políticos y los que no lo son; contra el bello sexo (ahí le duele); contra el comercio, la industria y contra el mismo clero; de modo que resulta, como yo decía, un propagandista en contra de la Iglesia, un clérigo anticlerical.

Le seducen aquellos tiempos en que los Padres llevaban á la par rosarios y trabucos, exactamente igual que los bandidos de Sierra Morena; y suspira, bufá y ahulla pensando en la pérdida de los bienes que poseían las Comunidades religiosas.

Unos dicen que está loco y otros que se le ha subido á la cabeza el vino de Jerez. Pueden ser ambas cosas; pero no hay duda que en ese prior se presenta un tipo perfecto de la clase. No hay más que pedir, loco ó borracho, es un fraile con toda la barba.

El que encuentre uno mejor que ese, que no lo envíe.

¿A que no recibo ninguno? Y es que no puede ser. La clase no da más de sí.

REMEMBRANZA

Fraudes piadosos.

Así han sido calificados ante el premio de la verdad los falsos milagros. Nunca fueron éstos más frecuentes que en la Edad Media: la ignorancia fué en tal sentido hábilmente explotada. Ya en el siglo ix el concilio Aquisgran L. C. 38, vituperó á los obispos que hacían servir los milagros á su avaricia. Amulón, obispo de Lion, nos enseña lo que pasaba. Dos monjes depositaron en la iglesia de San Benigno de Dijon reliquias que habían traído de Roma; y cuando se les preguntó el nombre del santo, respondieron que lo habían olvidado. El arzobispo de Lion dice que estos pretendidos prodigios se debían al fraude: «Yo mismo, añade, he sido testigo de este género de supercherías; yo he visto clérigos que excitaban á miserables á simular curas milagrosas con el fin de llenar su bolsillo; yo he visto á demoniacos confesar sus culpables artificios, escusándose con su pobreza; otros enseñaban cicatrices á las gentes sencillas, y estos con llagas artificiales atraían masas de devotos y ricas ofrendas.»

En la vida de San Godardo, escrita por Mabillon, su discípulo, se lee: «Vense todos

los días gentes que van de una iglesia á otra haciéndose pasar por ciegos, impedidos ó endemoniados; se arrastran por las gradas de los altares ó sobre las tumbas de los santos, y después se dicen curados, simulando milagros para atraer las liberalidades de los fieles.»

De resucitar ahora el obispo de Lion y el discípulo predilecto de San Godardo, seguramente que entrarían á formar parte de la redacción de EL MOTIN.

Rapto en un convento

En Villarreal, nombre simbólico de un pueblo perteneciente á la provincia de Castellón, había una muchacha quince-abrileña que estaba loca perdida por un mancebo de veintitrés años.

Los padres de la chica se oponían á esos amores, que no habían causado ningún estado de violencia entre los novios mientras se los contrarió paternalmente; pero al diablo se le ocurrió meter á la muchacha en un convento, para que con las exhortaciones religiosas se encalabrinasen y huýera en brazos de su Romeo. Así ocurrió; hubo rapto con aquiescencia de la raptada y gusto del mozo. A los quince días de su ingreso en la mansión católica se fugó la joven con el acompañante de su agrado. Es una historia vulgar.

Pero (nada de manzana; en estas historietas siempre hay un pero) las monjas denunciaron la fuga á las autoridades de Castellón, y la pareja fué detenida en mitad de un interesante coloquio. Lloraba la moza, lloraba el galán, abrazábanse enternecidos, pugnaban por deshacerse de sus aprehensores y causaban lástima á los presentes, como una nueva Manón y un nuevo caballero de Grioux. Las dignas autoridades no se conmovieron; se lo impedía el principio de autoridad. Llevaron á otro convento á la joven, y el Tenorio dió con sus huesos en el Gobierno civil.

Así terminó la aventura, resultando: que los padres de la muchacha, por huir de un escándalo menor, dieron en otro más grande, pues ya sabe todo el mundo lo del noviazgo y sus consecuencias; que las cosas no llegaron á mayores hasta que se apeló al recurso de las monjitas y sus pláticas, obteniendo un resultado contraproducente; que los enamorados no hacen caso de votos ni rejas, antes saltan sobre estos valladares cuando les impulsa el viento de la pasión; y, por último, que ya tienen los trovadores un asunto muy atractivo para componer otra leyenda amorosa, donde podrán cantar las desdichadas aventuras de dos hermosos enamorados á quienes separan despiadadamente, además de los padres, unos seres misteriosos vestidos de blanco y negro y enclaustrados, que no nacieron para amar.

Como corolario, podrán añadir que la joven huýó del convento perseguida por el temor de algo real y contundente. Sin duda el diablo, que está detrás de la cruz, la dió algunos golpes mientras las monjas se dedicaban á la oración.

Lo mejor es no acudir á tales casas en busca de remedios contra el amor; se va por pomada y le dan á uno sinapismos.

Receta infalible

Hace poco más de tres semanas fueron algunos vecinos de El Rasillo de Cameros (Logroño) á bautizar á una niña, hija de don Epifanio Lombardo.

Era el padrino D. Santiago Monasterio, persona conocidísima y cuyas condiciones de seriedad y moralidad son reconocidas por todos, pero que, como es liberal, hace sombra á los dos ó tres neos que hay en aquel pueblo.

El cura se negó á bautizar la niña pretextando que el padrino no había cumplido con la Iglesia el año pasado, y digo pretextando, porque el Sr. Monasterio le entregó la correspondiente cédula de haber cumplido en el pueblo de Peñaloscintos. Así lo hizo constar y hoy tiene un certificado del párroco en el que se da fe de ello.

Los vecinos deliberaron sobre lo que procedía hacer, conviniendo en que por el momento se le echase á la niña el agua en la forma que determina el Catecismo, acudiendo después á otra parroquia, ó al obispo, para que les resolviese el problema.

En efecto, le administró el agua D. Eustaquio Sáenz, y fueron después á Ortigosa, cuyo párroco les hizo ver la imposibilidad en que él se encontraba para poder complacerlos. Entonces acudieron con un escrito al obispo de Calahorra, sin que todavía haya éste dictado resolución alguna.

Así las cosas, el cura ha mandado al Juzgado municipal á D. Eustaquio Sáenz, cuyo juez, á pesar de ser conservador, no hará nada, porque el acto de administrar aguas bautismales á un niño no es penable, y si lo fuese, constituiría delito y no falta, siendo en todo caso incompetente el Juzgado municipal.

Aun en esta confianza, los vecinos se lamentan de que se ahonden las diferencias que existen entre la gran mayoría del pueblo y el cura, y hablan de no volver á la iglesia mientras esté él.

Realmente es triste que un pueblo tan tranquilo se vea perturbado por la intranquilidad del que debía ser lazo de paz y unión entre todos, y es, por el contrario, motivo de división y escándalo continuo: tal cizaña mete, no entre los vecinos, sino entre los matrimonios, entre padres é hijos. A los maestros de instrucción primaria les tiemb un odio, que no hay uno que pueda sufrirlo ni dos meses.

Aconsejo á los vecinos de El Rasillo que hagan eso que han pensado; no ir á la iglesia mientras no se vaya del pueblo ese cura; y ya verán que no por esto les ocurre nada. El primer domingo, al llegar la hora de la misa, creerán que les falta algo; la costumbre. Al segundo, no echarán ya nada de menos. Y al tercero, ¡oh! al tercero no comprenderán cómo creyeron durante tanto tiempo que el ir á misa era indispensable. Y por de contado, nada de cuartos por bautizos, bodas, ni entierros. ¡Al registro civil, al registro civil!

Y respecto á lo de la otra vida, sonríanse cuando se les hable de ella. Si existiese, y Dios fuera como dicen, ¿gozarían los curas como obran? No. Pues esto prueba que no hay tales carneros.

Por lo tanto, huelga de feligreses, y lo que fuere sonará, lo mismo en la tierra que en el cielo. El caso es salir hoy del infierno en que viven por causa del cura; que lo demás...

Ya me ven á mí. No entro en la iglesia para nada. Y tan tranquilo, tan contento... ¿Que se hunde un templo? Pues no me aplasta. ¿Que se incendia? Pues no me quema. ¿Que un cura barbariza? Pues no lo eigo.

Y así mi vida se desliza serena por esté que llaman los curas valle de lágrimas (sin duda por las muchas que hacen ellos derramar), aguardando sin inquietud el momento de pagar la deuda contraída con la Naturaleza, apartado de toda religión menos de la del trabajo, único medio de disfrutar la felicidad posible á la humana criatura.

¡Pero, calla! Pues no he resultado hasta filósofo al hablar del cura de El Rasillo... ¿Cuándo pudo él ni sospechar que le cabría tal honra?

Con que lo dicho, vecinos de El Rasillo. A hacer lo que habéis pensado. A sitiar por hambre á ese párroco intransigente y perturbador. Los golpes en el estómago son los que más les duelen á los de su clase. Y á vivir.

Por tierras extremeñas

RETO ACEPTADO

Ibahernando 5 Abril 1909.

D. Francisco Jarrín,
obispo de Plasencia.

Gracias á la bondad de un amigo, que hizo llegar á mis manos EL MOTIN del 1.º del corriente, pude informarme de una serie de embustes, publicados despiadadamente en el número 3.618 de *El Labor*, de Salamanca, acerca de mi humilde persona.

Hame extrañado, no que se haya faltado á la verdad tan descaradamente por esos paladines del romanismo, sino que tan poca misericordia hayan demostrado los que siempre se llenan la boca con las obras de misericordia, no poniendo á mi disposición un ejemplar del mencionado periódico neo, para otorgarme, á lo menos, el derecho del pataleo, si en mí han advertido cobardía, ó concedidome la facultad de contestar antes á sus afirmaciones si tal era su deseo. Bien se echa de ver que se sirvieron de un periódico órgano de su partido, acaso muy conocido entre los beatos, pero que yo no tengo la obligación de leer, para entusiasmar con sus alardes de hombres de talento, de elocuentes oradores y, sobre todo, ¿por qué no hacer mención de ello?, de hombres corteses y equitativos en extremo, haciendo ver lo negro blanco á las gentes incautas, y creyéndose á cubierto de toda acometida propagando en la sombra de un periódico, que es natural no lean sus adversarios, cuanto se les antoja.

Me bastaría para poner en evidencia á los propaladores de las falsedades en cuestión, manifestar mi presencia en este pueblo como pastor evangélico muy querido, sin duda inmerecidamente, por unos, estimado por otros, y menospreciado por unos cuantos de la catadura de los plutócratas saduceos y de los despóticos fariseos que menospreciaron también á Cristo, reclamando para sí á Barrabás. Bastaría esperar sentado, pues de lo contrario se cansaría el espectador, á que se celebrasen esas fiestas anunciadas en este pueblo para plazo breve, y en las cuales se ha de celebrar á tambor batiente y con gran campaneo el *reingreso* en la grey romana de los *protestantes arrependidos públicamente*, según reza el artículo aludido, para convencerse de que á ciertos elementos hay que ponerles con sus dios en cuarentena ó oírlos como quien oye llover. En fin, si la historia no les hubiera juzgado ya, con datos de la índole que nos ocupan quedarían suficientemente juzgados. Conviene, sin embargo, aclarar ciertos asuntos, para no pecar de *cobarde* en la defensa de los altos, para mí sacratísimos principios del Evangelio, por sostener los cuales en toda su integridad y pureza no he cedido, ni cedo ni cederé un palmo de terreno, aun cuando en la discusión tuviera por enemigos más curas, obispos y demás altas jerarquías del romanismo que pueblan á la España de mis amores.

Llevo un año en esta comarca, á donde he llegado requerido por un grupo de hombres libres, divorciados de la Iglesia romana, que ellos, como yo y miles de españoles consideramos á su vez distanciada de las puras aguas de vida de que Cristo hace mención á la Samaritana.

Comprendiendo yo que en nuestra Patria, y sobre todo en los pueblos rurales, no sólo hay que emancipar las conciencias acrecentando la facultad de pensar, harto descuidada, si que también es menester hacer independientes los estómagos, engañados con las migajas que caen de la mesa del rico, árbitro de las voluntades, emprendí en este pueblo, junto con la obra de *descatolización*, valga la expresión del insigne pensador Unamuno, y de evangelización, una obra económica-social, para lo cual se creó una Sociedad de Ahorro y Crédito, según el sistema Raiffeisen, combinada con una Cooperativa. Con ésta se mata la usura en sus diversas ramas, por cuyo motivo, á los enemigos en religión vinieron á sumarse los enemigos en materia económica.

Al tener noticia el obispo de este diócesis del estado en que las cosas se hallaban aquí, debió considerar tarea fácil el ganar al pueblo y acabar con el mayor enemigo del romanismo, que lo es el Evangelio. Ni corto ni perezoso envió al Sr. Polo Benito, quien acompañado de otros curas, cayó sobre el pueblo en son de guerra, como en terreno conquistado, para hacer las funciones de rey, á lo que todos los curas se consideran con absoluto derecho, como se puede leer en sus «Hojas Dominicales» que en Plasencia publican, y una de las cuales adjunto, por si pudiera agrandar su lectura á los lectores de EL MOTIN. Una vez ganadas las autoridades del pueblo, y en la esperanza de que se cumplirían sus deseos, esto es, de soliviantar al pueblo para que éste se lanzase sobre mí y me lynchara, ó tuviera yo que poner pies en polvorosa, cual dicen en su periódico que sucedió, me comunicaron el reto por medio del alcalde, para discutir conmigo en la plaza pública sobre asuntos religiosos. No sólo no rehusé la discusión, sino que pedí al alcalde el consentimiento escrito para tomar parte en ella, el cual aún obra en mi poder. Debo advertir que al mismo tiempo que se me concedía dicho permiso para hablar de mis creencias en la plaza pública, se me comunicaba la orden prohibitiva de tener en lo sucesivo los cultos en nuestra capilla evangélica abierta al efecto, y contra los cuales nadie había tenido que decir antes absolutamente nada. Por algo he dicho ya que los curas son los reyes absolutos dominadores de los pueblos.

Dice *El Labaro* que los paladines del catolicismo rayaron á gran altura. Si con esta frase quieren hacer referencia á la des-cortesía de que se sirvieron para jactarse de su superioridad ciudadana, estamos conformes. Superioron apostarse á gran altura en un balcón, desde el cual dominaban bien á la multitud que llenaba la plaza. Otro tanto no podía hacer un protestante, porque aún no nos es dado, por nuestras leyes de excepción, el franquearnos, como aquellos hacen, con unas autoridades para quienes hay aceptación de personas sin que les cause rubor.

Mi lugar estaba abajo, en la plaza, rodeado de numeroso gentío. Era mi verdadero puesto. El alejamiento de las masas sólo lo anhela quien codicia la vida regalada de los conventos como la Iglesia romana. Quienes hemos aprendido de Cristo, y no de la tradición papal, preferimos estar entre los publicanos y pecadores, sabiendo que no los sanos han menester de médico, sino los que están enfermos. Y, además, porque Cristo en su oración pidió al Padre, no que nos quitara del mundo, sino que nos guardara del mal. Gracias á que un amigo, en vista de que las primeras filas por estar yo en el suelo ahogaban mi voz, me trajo una silla y en ella subido pude dejarme oír, á pesar de las constantes interrupciones que el Sr. Polo Benito me hacía desde el momento que tomé la palabra; tantas interrupciones, que, advirtiendo el juego algunos concurrentes, tuvieron que tachar á dicho señor de... algo que se resiste mi pluma á escribir, recomendándole guardara silencio á mi réplica, como yo le había aguantado á él.

Con esto echaron de ver los curas que su estratagemata les salía fallida, pues no podían azuzarme el perro como creían. Habían acudido tarde esta vez: ya gran parte del pueblo había abierto los ojos, y contaba con luz suficiente para distinguir la verdad y el error.

Mi defensa se basó en las Escrituras: combatí la adoración de las imágenes, citando pasajes como Exodo 20 (enmendado en el Catecismo romano); Juan 4; Hechos 19, 21-40; impugné el poder que el sacerdocio romano se irroga de perdonar los pecados de los hombres, cuando todos los hombres somos pecadores, y según las Escrituras «no hay justo, ni aun uno», y «nadie puede perdonar pecados, sino sólo Dios» que es quien únicamente dispone de la justicia de que nosotros carecemos, justicia que nos ofrece á todos en Cristo, á quien ahora representa en la Tierra el Consolador, el Espíritu de Verdad (Juan 14, 16-26.) Censuré el comercio que se hace con los enterramientos, matrimonios, bautizos, bulas y misas para hacer salir las ánimas de un Purgatorio ficticio, comercio opuesto á las enseñanzas del Redentor, que dijo: «De balde recibisteis, dad de balde.»

Cuando, al tratar del poco amor cristiano demostrado en todas las épocas por la Iglesia romana, arremetí contra la Inquisición, ya no pudo aguantar más el grupo de curas. Dieron la orden al alcalde de retirarme el uso de la palabra, y alegando que otro de los sacerdotes quería hablar, que yo luego tendría ocasión de contestarle, tuve que callar por orden de la autoridad.

Habló el otro para defender lo que ellos más estiman, y que ven que se les escapa de las manos, esto es, el poder de perdonar los pecados, aduciendo las consabidas palabras: *Tu es Petrus, etc.* Esta gente se agarra á un clavo ardiendo. ¿Qué tendrán que ver con Pedro, aun tomando dicho pasaje en toda la materialidad que lo hacen los romanistas, contrario á la razón y á la divina palabra, según la cual tales cuestiones deben considerarse «espiritualmente»; qué tendrán que ver, repito, estas gentes que dejan á sus semejantes arrodillarse á sus pies en señal de reverencia, con aquel apóstol que al arrodillarse á sus pies un Cornelio le dice: «Levántate, yo mismo soy hombre?»

Tan pronto hubo dicho este segundo adversario lo que bien le pareció, con sus latinajos y todo, la compañía de curas se retiró del balcón como obedeciendo á una previa consigna.

Yo, que estaba esperando, habiendo tenido que oír una serie de repeticiones sazonadas con unas cuantas vulgaridades, me quedé sin saber si tomar la cosa en serio ó en broma. Rehecho de mi sorpresa al ver la sorpresa retratada también en los rostros de los circunstantes, me dije como el caudillo griego: «A enemigo que huye, puente de plata,» y dirigiéndome al público: «Cuando el adversario abandona el campo, se acaba la lucha. Por lo demás, si éstos se van, yo me quedo; haced más caso de las obras que de las palabras, pues, como reza el aforismo: «Obras son amores y no buenas razones.»

Esto sucedía por la tarde. Al otro día por la mañana se me cita al Ayuntamiento, en donde, reunida la mayoría del concejo, se me propuso muy en serio, ó que abandonara el pueblo, ó que dejara de exponer mis ideas. A lo que contesté: «Ni abandono el pueblo, ni dejo de exponer mis ideas, que son convicciones, en tanto me asista siquiera la sombra de un derecho.»

Creo hacer justicia al Ayuntamiento, si afirmo que tal dilema no era fruto suyo, sino heredado de los curas, quienes en todo se le impusieron, y era natural que, después del aprieto del día anterior, revelasen algo del montón de virus que se les filtrara en su alma. Porque, si; quien miente tan á la luz del día como se ha hecho en *El Labaro*, no puede tener un alma limpia.

En espera de cuantas discusiones deseen, y suplicando que en ellas se guarde el orden y respeto á que acostumbran las personas cultas, soy de todos humilde servidor.

CÁNDIDO RODRÍGUEZ
Licenciado en Filosofía y Letras.

Uno como muchos

En el poblado de Riofrío, anejo á Loja, tué acometida la criada del párroco de esa enfermedad que suelen sufrir las sobrinas y amas de cura.

El aludido achacó el contagio á un hermano suyo, llamado Bartolomé, quien no se atrevió á contradecirle. Mas al empeñarse ahora en que se una á la interfecta con el santo vínculo del matrimonio, el hermano, pareciéndole la broma demasiado pesada, no sólo se niega á ello, sino que desmiente lo que al principio afirmó respecto á su culpabilidad.

Con tal motivo las gentes se sonríen, forman malos juicios, sueñan pullas, dicen que si... ¿cómo lo diré yo?... que si el páter es ó no páter, que si fué, que si tornó, que si vino...

El hecho no es inusitado, sino corriente y explicable. Hombre, bien alimentado, y con un voto á que faltar, ¿qué va á hacer todo cura? Lo que es.

Bien mirado, la culpa no es toda de ellos, sino de la Iglesia, que se empeña en mantener ese absurdo y ese imposible: el celibato.

Hay momentos en que me inspiran compasión los curas que se ven obligados á apelar á ciertos recursos de mala ley, para ocultar que son hombres; y si no fueran tan intransigentes y tan brutos en otras cuestiones, los disculparía casi siempre en esta.

Pero me abstengo de hacerlo, por temor á que, al verse disculpados, arremetieran con todas. Y hasta con algunos. Si viéndose atados y coartados se atreven á tanto, ¿qué no harían viéndose sueltos y defendidos? Me asusta pensarlo.

Angel descalabrado

Unos chicuelos de Ojen apedrearón el mausoleo de cierta distinguida familia y rompieron la cabeza á un angel valorado en 175 pesetas.

Barato me parece el angel; cualquier caballo vale más, no teniendo muermo ú otras faltas por el estilo.

Los muchachos fueron procesados; pero al verse la causa en la Audiencia de Málaga, el señor fiscal, cuya vida guarde Dios muchos años, retiró la acusación, considerando, que si bien es delito romper la cabeza á un angel, no debe recaer penalidad alguna sobre autores menores de dieciséis años, por que obran sin discernimiento.

En resumen: víctima y victimarios pertenecían á la misma especie: jangelitos de Dios! Lo cual no impide que á los siete años tengan los nenes suficiente discernimiento para aprovechar las enseñanzas teológicas, cosmogónicas y «misteriológicas» del catecismo.

Conste que ese señor fiscal ha demostrado tener más discernimiento que los directores de la cosa pública y que muchos padres de familia. Si los chicos, hasta los dieciséis años, por lo menos, no saben que incurrir en responsabilidad al chafar á un angel las narices, ¿cómo han de apreciar las sutilezas escolásticas del padre Astete, que se enroscan en el espíritu de los hombres maduros!

Aplicábase el sabio criterio de ese fiscal á los programas de primera enseñanza, ¡y adios catecismo, adios logomaquias clericales!

Ejemplo hermoso

Lo es en punto á dignidad, entereza y buen sentido, el que nos ha dado la casi totalidad de los vecinos del pueblo de Granucillo de Vidriales, provincia de Zamora.

El obispo de Astorga ha dictado nuevos aranceles (jaranceles! ¡qué palabra tratándose de sacramentos!), anulando el *cuartal*, y aumentando los precios en dos terceras partes.

¿Y qué han hecho los vecinos? Separarse tranquilamente de la Iglesia católica.

Con que los imitaran la tercera parte de los españoles, la cuestión clerical quedaba terminada.

A exigencia desmedida de céntimos, cerramiento completo de bolsas. Y ya se vendrían á buenas los que hoy nos saquean por malas.

Por lo demás...

¿Que una pareja desea casarse? Al juzgado.

¿Que necesita legalizar la aparición de un nene? Al idem.

¿Que muere un individuo? Al cementerio civil.

¿Oír misas, sermones, confesarse, comulgar?... Sin todo eso se puede vivir tan ricamente. Y no atestiguo con muertos. Aquí estoy yo vivo y sano.

¿Que el purgatorio, que el infierno, que el cielo?... ¡Bah! No me parece mal que aparenten creer en todo eso los que por aparentarlo cobran; pero sí que se traguen la píldora los que pagan. ¿Como que si todo eso existiera había de alcanzarse ó perderse por peseta más ó menos?

Y dicho esto, réstame sólo felicitar por su honrada y radical resolución á los vecinos de Granucillo.

Un periódico clerical de Calatayud forma un ministerio con algunos de los que fuimos á la manifestación del 28, y me adjudica la cartera de Gobernación.

Pues ganarían mucho los clericales si fuese verdad. El día que estuvieran todos oyendo misa, cerraba las puertas de las iglesias y los tenía quince días ayunando, confesando, comulgando y preparándose para irse desde allí al cielo vestidos y calzados; es decir, les daba por el gusto.

Con que pídanle á su Dios que me lleve á ese ministerio, y su salvación es segura.

DESDE ARMENTEROS

Don Serafin González, maestro de esta escuela, tuvo que ir hace dos años á Madrid para que le practicara una operación orlenta en el único brazo que le quedaba, puesto que el derecho ya le había sido amputado en años anteriores.

Falta de recursos, dejó también á cinco hijos de corta edad (la mayor contaba diez años), á su señora en cinta y á todos en la más aflictiva situación, que procuró remediar el cura de este pueblo echándose á la calle y recogiendo firmas para formar expediente al desgraciado maestro por abandono de cargo (!!!); y todo porque un día, cuando ya estaba imposibilitado para hacerlo, no llevó la cruz acompañando á los niños desde la escuela á la iglesia.

Ni ruegos de vecinos, ni súplicas de mujer, ni lágrimas de hijos pudieron contener los humanitarios intentos del *de la teja*. El expediente se formó, valiéndose el tonsurado de todas las ruindades que el más despreciable solideo puede cobijar, pero ni gobernador, ni rector, ni Junta provincial vieron nada en él que lo justificara. Así las cosas, el 3 del corriente hizo la

inspección de esta escuela el cultísimo inspector D. Eulalio Escudero, y después de decir que quedaba satisfechísimo del estado de la enseñanza y aprovechamiento de los pequeños escolares, preguntó si algún vocal tenía algo que exponer. El cura alzóse en las de atrás inmediatamente, diciendo «que el maestro D. Serafin tenía obligación de ir con los niños á su iglesia y no lo hacía, y que esto era inmoral». El médico le contestó «que nadie puede obligar á ningún maestro á ir á la iglesia ni solo ni acompañando á nadie; que le bastaba con enseñar las asignaturas de reglamento, y que si D. Serafin no iba á la suya no era por falta de catolicismo, sino por no verle á él.»

Como los curas son los mismísimos demonios para ver pecado en todo menos en lo que ellos hacen, vuelve á emprendería contra el maestro, diciendo que tenía en la escuela una perdiz y un canario, y maldice del maestro, del canario y de la perdiz.

Pide el médico la palabra, y le ruega sea más respetuoso con las aves, porque él se inspira en y por una paloma. Contesta el *inspiredo* no sé qué cosa, el médico no sé qué otra á él, y cuando los dos se disponían á necesitar acaso los mutuos auxilios de su oficio, intervino el dignísimo inspector diciendo: «Vocal cural Soy católico; pero no puedo tomar en consideración acusaciones tan pequeñas, máxime cuando me consta que ha ejercido usted el oficio ruin, infame y miserable de delator, y que esa delación iba dirigida contra la desgracia, siendo además falsa. Vocal cura: acuérdesse del amaos los unos á los otros; sea usted más cristiano; porque si no se hará usted indigno de pertenecer á esta Junta.»

Oír esto el presbítero y saltar del asiento, y verde, negro, verde-amarillo y verdi azul insultar á el inspector, todo fué uno. Pido D. Eulalio que se le detenga, algunos se disponen á hacerlo, pero el presbítero echa á cuatro pies por la escalera abajo, y hasta hoy.

Resumen: Que yo me porté bien, D. Eulalio mejor, y el cura, huyendo, mejor que los dos.

CRESCENCIO S. ESCULTA

SAFOS MISTICAS

Se está celebrando en París la vista de una causa tan escandalosa, que no hay manera de traducirla al español sin andar con tapujos ó veladuras.

El escritor ha de tener en esta ocasión escrúpulos de monja, ya que las monjas causa del proceso no han tenido escrúpulos de ninguna especie.

Figuraos... ¿Cómo empezaré? Figuraos que las abadesas fustigadas por Diderot en *La monja* están otra vez en campaña... y que hay en la *villa lumiere* una *Maison sociale*, donde cierta canonesa se hace adorar por sus monjitas, encantándolas de tal modo, que comen lo que ella deja, la besan y lamen los pies y la acompañan *dans le lit* durante la noche.

A estas porquerías se les ha inventado un nombre: «crisis del alma.» Yo no sé que tenga que ver el alma con ello; me huele á tentación carnal. Un sacerdote cristiano llamado á declarar en el proceso ha convenido conmigo: «Como sacerdote cristiano, dijo el abate Peris ante el tribunal de París, protesto contra ese misticismo monstruoso que se convierte en escuela de amor entre mujeres.»

Y este escándalo se da en la capital de Francia después de la excomunión y de la separación de la Iglesia y el Estado. Gracias á estas radicales medidas, la sicalipsis conventual se ha puesto de relieve al aire de la calle y ante la justicia. ¿Qué no habrá ocurrido antes y estará ocurriendo en otras naciones donde se niega la aireación de los conventos y demás casas religiosas!

Aún allí no figuran las monjitas en calidad de acusadas; el acusado es un general, un perfecto caballero, un padre que rapó á su propia hija, sacándola del convento donde ella había entrado por su gusto, para librarla de las caricias de la superiora y de las «crisis del alma».

Mejor hubiera hecho ejercitando su autoridad paterna en impedir que su hija entrase en el convento; quien quita la ocasión quita el peligro. Pero, ¿cómo dudar de la Providencia? Sin esa debilidad no se habría descubierto tanta carnicería y las hijas de Lesbos andarían sueltas por los subterráneos de París. Hay que creer en la Providencia... cuando nos favorecen sus designios; así hacen los católicos y no les va del todo mal.

Mas ¿á qué demonios me he entretenido en referir sucesos ocurridos en Francia, teniendo por acá tantos de la misma naturaleza en qué ocuparme? ¡Ah, sí! De buena nos hemos librado. Si la canonesa llega á escuchar el consejo de sus enamoradas hijas, respectivo á sentar sus reales en España para mayor seguridad, comodidad y sosiego, ¡vaya una de Safos que tendríamos por acá! Y entonces...

Los Luises y Koskas por un lado... Las Safos por otro... ¿Cómo vigorizarían la raza!

MUESTRAS DE MI ESTILO

POR
José Nakens

Precio: 3 pesetas - 2,25 á los suscriptores

SECCIÓN AMENA

Audiencias episcopales

Un clérigo anciano, pálido, demacrado, apoyándose en un bastón, se acerca con aire encogido á otro sacerdote de poco más de veintiséis años, rubio, colorado, de ojos lánguidamente hipócritas y con la cabeza torcida sobre el lado izquierdo.

—¿Está el señor obispo?—dice.

—El señor arzobispo, querrá usted decir—le responde el joven.

—Bueno, el señor arzobispo; ¿está y podrá recibirme?

—¿Quién es usted?

—El párroco de Ortigosa.

—Lleve usted mucho tiempo en el curato?

—Más de cincuenta años.

—Pues no sé si el excelentísimo señor arzobispo podrá recibirle, porque tiene en su despacho una Comisión de las Hijas de María, que viene á invitarle para la Comunión general en el *Sacre Coeur*.

—Esperaré.

El cura se sienta en actitud humilde, envuelto en su manto color ala de mosca.

A los cinco minutos llega un pollo imberbe vestido completamente de blanca francesa, calzados zapatos de lona, cubierta la cabeza con un marinero de paja de arroz y exhalando fuerte olor á *peau d'Espagne*. Sin quitarse el sombrero ni saludar, se acerca al paje y le dice:

—Avisé usted inmediatamente al obispo que estoy aquí.

—En seguida, señor marqués, por más que está con las Hijas de María y...

—¡Hombre! ¿están ahí las hijas de María? Me alegro, porque vendrán presididas por la condesa. Avisé usted, avise.

El paje abre una mampara de damasco encarnado y desaparece para aparecer al momento diciendo:

—El excelentísimo señor arzobispo, que pase el señor marqués.

Este entra, la mampara se cierra y la antesala queda en silencio.

De cuando en cuando se oyen risotadas y alguna frase que en alta voz pronuncian voces femeninas.

Pasa una hora. Al cabo de ella varias personas que hablan á un tiempo rodeando al prelado salen á la antesala; son seis mujeres elegantísimas, pintadas, teñidas, almidonadas, perfumadas, con el rostro ajado por la vida de continua fiesta y agitación. ¡¡Las Hijas de María!!

El obispo, joven todavía, es de elevada estatura, talle esbelto, suaves y cadenciosos movimientos, fino cutis y sonrosado color que parece artificial, rostro ovalado, pelo blanco prematuramente y hablar melifluido y estudiado.

—Con que, señor obispo, hasta mañana. Que no nos haga esperar.

—Adiós, baronesa; adiós, condesa. Marqués, no tenga usted cuidado, que iré por la tarde al Patronato.

—Muchas gracias, señor obispo; hasta mañana.

—Mis recuerdos á la duquesa.

—Gracias. Adiós.

El párroco, que ha permanecido de pie mientras la despedida, ve el cielo abierto, pues ha llegado el momento de hablar con el obispo.

Ya inclinado profundamente, va á dirigirse á S. E., cuando entra un sacerdote de unos cuarenta años, gordo, rubicundo, con gafas de oro, y ostentando en la sotana vivos y botones dorados que le acreditan como canónigo de la catedral.

Obispo y canónigo desaparecen tras de la mampara.

—Me han dicho que V. E. va á proveer la capellanía de las monjas Franciscas y vengo á recordarle que anoche mismo me prometió V. E. que sería para mí.

—Es que los periódicos se ocupan del asunto diciendo que se acumulan los cargos eclesiásticos y...

—Y ¿va V. E. á guiarse por lo que digan los periódicos... liberales?

—No, pero...

—El caso es que yo, con el sueldo de canónigo, el cargo en la secretaría de V. E. y la capellanía de la duquesa, no puedo vivir decorosamente.

—¿Y el sueldito de San José, y?...

—Es que las monjas dan casa de balde y buena.

—Pero ¿cómo va usted á decirles misa á las monjas y á la duquesa, y en la misma catedral?

—Como otros canónigos en este caso. Las monjas tienen un segundo capellán.

—No lo hay ya, porque tiene padres ancianos y una hermana ciega, y dijo que no podía mantenerlos con los diez reales de la misa.

—No faltará otro que no tenga tantas pretensiones.

—Siempre se ha de salir usted con la suya; vaya, será usted capellán de las monjas para no pagar al casero.

—Dios se lo pague, señor arzobispo.

El canónigo besa el anillo y se va.

—Nuestro párroco puede al fin ver al obispo, que de pie, con cara muy seria, le alarga el anillo para que lo bese, y sin mandarle sentarse, le dice:

—¿Quién es usted?

—Soy el párroco de Ortigosa, señor, y...

—¿Y por qué ha dejado el curato abandonado?

—Llevo allí cincuenta años, estoy muy enfermo, y si V. E. tuviera alguna capellanía de monjas que darme ó alguna otra cosa así...

—No hay absolutamente nada que dar en la diócesis; vuelva, vuelva á su curato...

—¡Perdone V. E. si le he molestado!

El obispo le da á besar el anillo y después de decir secamente—¡Adiós!—da media vuelta, le vuelve en silencio la espalda y entra en su despacho murmurando:

—No hay manera de librarse de importunos como este viejo, que me ha retrasado la hora de comer...

J. G.

LOS MAYORES PECADOS

Predicaba un cura en la iglesia de un pueblo, cuando entraron dos gitanos á oírle. Siempre que aquél nombraba alguno de los pecados capitales, decía:

—¡La gula es uno de los pecados mayores! ¡La avaricia es uno de los pecados mayores! ¡La soberbia es uno de los pecados mayores!...

Cuando acabó el sermón, le dijo un gitano al otro:

—¿Zabe ozté, compare, que dentro de poco er mundo va á zer una barsa de aseite!

—¿Por qué dise ozté eso, camará?

—Porque zi tóos los pecaos que hay en er mundo zón ya tan mayorez, ze morirán pronto y no quedará un pecao pa un remedio.

Cosas de la guerra

Por una guerra civil Gil abandonó su tierra, y sé que se fué á la guerra sin ganas de guerra, Gil. Porque nunca fué capaz de reñir á sangre fría, y porque en la paz vivía con el amor de una Paz.

Como buen aragonés baturro zaragozano, era Gil noblote y llano de la cabeza á los pies, y al salir de su lugar, entre los párpados rojos daban señales sus ojos de su profundo pensar. Ni los alegres cantares de los futuros guerreros, de sus mismos compañeros que alejaban sus pesares; ni aquel vino que alborota, ni lo espléndido del día, ni la nerviosa alegría del guitarrero y de la jota; ni el descanso en un ventorro que hallaron en el camino y en donde bebieron vino sus compañeros en corro, fueron á su pena tasa; que es una cosa que aterra ir en busca de la guerra teniendo la Paz en casa. Pero el buenazo, al notar que mientras que triste estuvo se burlaron de él, no tuvo más remedio que cantar. Y así fué mayor el gozo, porque cuando Gil cantaba

con pena, no le ganaba en Aragón ningún mozo. Se limpió la tragadera con una copa de tinto, pulsó el guitarrero otro quinto, y cantó de esta manera: «Una *Pilarica* llevo sobre mi pecho colgada; me la ha bordado mi *chiquia*; no tengo miedo á las balas.»

Entró el buen Gil en acción, y al principio, el tiroteo le producía mareo y alguna extraña emoción. Pero era su sangre ardiente, su fe en la victoria mucha, y Gil defendió en la lucha su puesto como un valiente. Conmovido y satisfecho por la victoria alcanzada, pensando en su Paz amada, sacó la estampa del pecho, porque entonces para él un más allá no existía, ni más consuelo tenía que el escapulario aquél. Iba á besarlo el bendito, cuando un certero balazo quitó á la estampa un pedazo y arrancó al buen Gil un grito. Y exclamó torciendo el gesto mientras caminaba en pos de su batallón: «¡*Ridios*, si lo llevo á tener puesto!»

A. MONTALBÁN

Confesándose un feligrés, decía: —Acúsome, padre, de que me han robado el reloj.

—Pero, hijo... No es usted el que debiera acusarse de ese pecado.

—Es que mi reloj era de plomo, y por esta razón he contribuido á que se pierda un alma por tan poca cosa.

Admirado el cura de tan incomprensible escrúpulo, le replicó: —Si conociera usted al ladrón, podría regalarle un cronómetro Losada, y así se le quitaría ese remordimiento.

Predicaba un cura en la función de un pueblo, y queriendo encomiar hasta la exageración las virtudes del santo titular, decía sin reírse: —En fin, era tal su amor á la abstinencia que, según dicen sus historiadores, hasta después de muerto ayunaba.

En el confesonario: —¿Es usted católico?

—No, señor.

—¿Pues qué es usted, infeliz?

—Carpintero.

(FOLLETÓN 15.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA
POR
OFFENBACH

ducción oceánica de pasajeros y correspondencia. La Compañía de que hablamos, aunque también habría de llevar una cosa y otra, lo que primordialmente iba á tener ahora á su cargo era el transporte de los numerosísimos soldados que los señores del reino habían de enviar á perecer en las Colonias, la repatriación de los esqueletos que se obstinaban en conservar aún algo de vida, y el acático sepelio de los cadáveres efectivos en que parte de estos esqueletos vendrían á convertirse en el camino. Así, en los once años transcurridos desde que se efectuó el contrato hasta que fueron perdidas las Colonias, puede calcularse que la gran funeraria de vapor de que hablamos, habrá llevado á Ultramar al indicado fin cosa de medio millón de hombres y traído á la península de ciento cincuenta mil á doscientos mil esqueletos semovientes, depositando en el fondo del mar unos millares de cadáveres.

Difícilísimo ha de ser, en verdad, que, si el día de mañana llegase á establecerse un servicio de tal índole en otra nación, haya empresa que en tan corto tiempo logre tan largo número de clientes ó de víctimas, como quiera decirse, puesto que en este caso víctima y cliente son sinónimos. Lo que es en esto las demás naciones tienen que bajar la ca-

beza y reconocer que la Trasatlántica española es la Compañía naviera que ha llevado al otro lado del mar mayor número de hombres todos sanos, todos en la flor de la edad y todos llamados á perecer en corto plazo, y traído mayor número de moribundos.

Grandes fueron las dificultades con que tropezó el establecimiento de este importantísimo servicio; y el Sr. Sagasta, para sacar á flote el lúgubre contrato, tuvo que declararlo cuestión de gabinete, porque, si no, muchos de los diputados y senadores ministeriales habrían votado en contra.

Hasta entre los mismos ministros hubo uno, el de Ultramar, Sr. Gamazo, que cabalmente era el que más tenía que ver en el asunto, que á una comisión que le fué á hablar en contra del contrato, prometió solemnemente cortarse la mano antes de firmarlo. Pero al fin halló modo de no cortarse nada y servir á D. Práxedes, pues dejó el ministerio y se fué á presidir en el Congreso la comisión que dió dictamen favorable sobre el luctuoso proyecto.

Otra contrariedad inesperada que tuvo el jefe del gobierno durante la gestación de aquella obra magna, fué un cablegrama que le puso el gran chambelán de una colonia, el general Palacio. Este bravo é impetuoso militar era entonces gobernador general de Puerto Rico, donde casi todos los vapores de la «Trasatlántica» tocaban al ir á Cuba; y como viesse llegar uno de tal modo cargado de soldados, y de tal manera conducidos y alojados ó estivados que verdaderamente el espectáculo era lastimoso, dicho general no pudo contener su indignación,

y por el cable envió al gobierno de Madrid una protesta que, naturalmente, vino á caer como una bomba. Pero D. Práxedes, hombre sereno si los hay, no tardó en reponerse del susto, dió por no recibido el cablegrama y continuó empujando el contrato hacia adelante.

Es de advertir á este propósito que no parece que personalmente el Sr. Sagasta se hallase muy convencido de la absoluta necesidad del mencionado servicio, y todas las señales son de que más bien tuvo que ceder en esas como en otras cosas á la presión de señores del reino de más poderío que él. Pero con ellos, prevayeran ó no prevayeran por la pérdida de las Colonias estaba próxima, se hallaba, sin embargo, D. Práxedes de acuerdo en que antes había que perder cuando menos de doscientos mil á trescientos mil soldados. Y para esto sí sería muy conveniente aquel servicio.

No habrá que decir que, entre las condiciones exigidas á los buques de la Compañía en cuestión no había de contarse ninguna de las principales que tienen los barcos de las líneas de otros países á que al principio hemos querido aludir; esto es, el servicio que ahora iba á prestar la Trasatlántica no hacía falta que fuese á buen precio, ni de trato muy exquisito, ni á gran velocidad. El precio, efectivamente, era indiferente á la casi totalidad de las víctimas, puesto que el gobierno pagaba; y, aunque es cierto que á algunos de los transportados quizás les hubiese complacido un trato algo más exquisito, lo que es la velocidad no era detalle que á casi ninguno le importase gran cosa: al ir, porque, como iban á disgusto, no ansiaban llegar; y al volver, porque

generalmente no traían ya gusto para nada, ni aun para llegar pronto. Por esto, habiendo querido el gobierno, cuando es'alló el bélico conflicto con los Estados Unidos, emplear algunas de esas carrozas automoviles como cruceros auxiliares (que fué lo mismo que si el ejército requisase para arrastre ó transporte de su artillería los usuales coches fúnebres) la más veloz apenas llegaba á andar 16 millas por hora, mientras que de los cuatro vapores que al enemigo facilitó su Compañía subvencionada, el que menos andaba por encima de 21.

El lector, pues, ha de estar prevenido contra la antipatía que hacia la Trasatlántica muestra el pueblo español; y tener entendido, piense lo que piense de precios, trato y velocidad, que, como hemos dicho, el servicio contratado era primordial y casi exclusivamente fúnebre y que dicha Compañía no dejó de cumplir su lúgubre deber con exactitud. Tanto fué así, que ha acreditado su especialidad en Europa, y recientemente, con motivo del gran terremoto de Italia, el Papa ha recurrido á dicha Compañía para el transporte á Civitavechia de buen número de víctimas de aquel siniestro, que iban á ser curadas ó enterradas, según el caso, á costa del tesoro de Su Santidad.

La misma naturaleza del servicio que la Trasatlántica ha estado llamada á prestar y ha prestado, explicaría por sí sola, si no hubiese además otras razones, la antipatía popular de que es objeto. Cuando los navegantes encuentran en la mar uno de esos barcos, sienten, naturalmente, ese ligero estremecimiento moral que en tierra sentimos cuando de pronto nos cruzamos con un féretro ó con una cami-

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

to! No; este ejemplo será seguido por todos los denodados navarros: sus obras lo demostrarán así.

Me admiro que un impío se atreva á hablar de religión, cuando todos los actos de su conducta prueban que es su mayor enemigo.

Pero, yo, mis mayores amigos, y todos los oficiales y soldados, estamos penetrados de la obligación que nos impone nuestra conciencia de defender hasta el último suspiro al rey y á la religión, y no consentir nunca una humillante transacción con los principios que nos propusimos defender, y confiamos en que el pueblo apoyará nuestros votos y deseos.—Es de usted seguro servidor, Juan Echevarría.—Santesteban 26 de Agosto de 1839.

Maroto, ni corto ni perezoso, imitó el lenguaje del eclesiástico, diciéndole:

«Azpeitia 27 á las doce y media de la noche: Tomaré la pluma por la última vez de mi vida para contestar á las infames calumnias de un mal sacerdote.

Los castigos que ordené en Estella, usted mismo, señor don Juan Echevarría, es uno de los responsables ante Dios, como que los provocó con sus consejos contra mí, de acuerdo con Teijeiro. Si hubiera detenido-me dos días más, hubiera sido asesinado.»

«El infame, villano y asesino podrá usted y todos sus colegas serlo, como en efecto lo son, por los varios que han perecido bajo el puñal que ustedes han comprado.»

«La causa se pierde, y ustedes son los que la pierden por su villanía y perfidia; y, en cuanto á religión, un cura constantemente amancebado, hasta con dos hermanas; un cura que, después de haber tenido hijos de una mujer, la hace casar con su hermano; un cura jugador, bebedor y mal hablado, y que se presta al santo sacrificio de la misa, no entiendo pueda tener más religión de la que conocerá mi perro.»

«El pueblo, en general, le detesta á usted y á todos sus colegas; y si no hubiese sido por la voluntad general y convencimiento de las maldades de los castigados en Estella, todo el mundo conocerá que me habría sido imposible proceder como lo hice. La causa que se formó está impresa; pero quisiera sepultarla, por no publicar los descubrimientos que se hacen: y tengan ustedes entendido que día llegará en que presente las contestaciones que merecen los infames folletos de Lamas, Pardo y Serradilla, y se arrepentirán de haber hablado: aunque el hombre villano y sin vergüenza, jamás se avergüenza por nada.

Basta por ahora, señor don Juan, que ya nos veremos algún día.—Servidor, q. b. s. m., Rafael Maroto.»

Queda bien retratado el presbítero á quien don Carlos colmaba de honores y cargos: villano, pérfido, jugador, bebedor, mal hablado, pirrándose por las hijas de Eva, endosando queridas á su hermano...

¡Excelente presbítero! Mucho lo protegió el Carlos V, pero si llega á vivir en los tiempos del VII, lo nombra Papa, después de parodiar con él al salir ambos borrachos de una de las casas que frecuentaba, esta redondilla:

—De dos sinvergüenzas sé,
por más que la envidia ladre.
El uno es usted, compadre.
—Compadre, el otro es usted.

Para que los carlistas dejasen de ser con justicia odiados y aborrecidos, sería necesario que abandonasen su tradición, pero entonces ya no serían carlistas.

A fin de que se enteren los españoles de lo que es la tradición carlista, voy á presentar unas cuantas muestras desde que comenzaron á ser tales, si bien encubriéndose todavía con el nombre de realistas.

Saperes, jefe de las fuerzas sublevadas en Cataluña el año 1827, publicó en Agosto del mismo año un bando en que ordenaba lo siguiente:

«1.º Toda persona que desde este día se entretenga en esparcir directa ó indirectamente noticias melancólicas, ó con sus escritos ó conversaciones contra la opinión de los buenos realistas, será reputado como traidor y enemigo de los defensores de la justa causa.

2.º El sujeto á quien se le justifique estar en correspondencia con alguno de los sectarios (los sectarios eran los liberales)

será tratado como espía, aun cuando no tenga roce con él.»

Y en otro bando mandaba:

«1.º Todo vecino que tenga armas y municiones de cualquiera clase los presentará dentro del término de una hora, so pena de la vida.

2.º Toda persona que haga resistencia á las armas realistas, será fusilada en el término de tres horas, y por cada realista que muera, se fusilarán seis individuos de la población.»

Esto para empezar; como quien dice, para hacer boca.

Entretanto, el jefe de los voluntarios realistas daba en otra alocución el grito de «¡Viva el rey, viva la religión, viva la Inquisición y viva la constancia para el exterminio de las sectas masónicas!», con lo cual revelaban ya los piadosos y suaves medios de gobierno que aspiraban á poner en práctica para asegurar la prosperidad de los españoles.

Pero á todos dió ciento y raya en esto de los buenos propósitos el jefe realista Busons, el cual escribió también su correspondiente proclama, excitando á los catalanes para que acabasen con todos los liberales del suelo español.

De modo que ya pueden ir echando sus cuentas los liberales; si en 1827 quedaron algunos en España, no fué ciertamente por culpa de los carlistas, sino por que fué imposible acabar con todos, á pesar de tener á su lado varones tan virtuosos y preclaros en el orden de la clerecía como el prior de los dominicos de Manresa, el padre guardián de los franciscanos y todo el clero de Vich donde se predicaba una cruzada de exterminio contra los liberales, y sobre todo al obispo de aquella diócesis, que, con pretexto de visitas pastorales, iba sembrando el germen de la insurrección, la que se ostentó después más vigorosa precisamente en los pueblos visitados por Su Ilustrísima.

PERTEGAZ

Uno de aquellos sanguinarios cabecillas que á las órdenes de Cabrera llevaron la desolación y el espanto á todas partes, Pertegaz, recibió orden para apoderarse de Liria.

Protegido por la obscuridad de la noche, llega con sus hordas á las puertas de dicha ciudad y espera con el mayor silencio; al ser abiertas se introduce con su gente, invade la población y empiezan en seguida los asesinatos.

Siete liberales sorprendidos en la calle son muertos á bayonetazos. Otros nueve que habían huído, son alcanzados fuera de la población y muertos á tiros.

Después del asesinato, el robo. La ciudad es saqueada; los defensores de la religión rompen á culatazos cuantos muebles encuentran; buscan dinero, alhajas y otros objetos de valor hasta entre los colchones, y cuando no encuentran lo que esperaban, enfurecidos apelean, insultan, maltratan y amenazan de muerte á los consternados vecinos de la ciudad, destrozan lo que no les sirve y cogen todo lo que tiene algún valor.

Cargados de botín y después de cometer toda clase de atropellos, abandonan la población, llevándose presos á veintisiete liberales.

Devastándolo todo á su paso y dejando huellas sangrientas por doquiera, se dirige el mismo Pertegaz á Cheste y Chiva.

Al aproximarse á esta población, el vecindario todo, menos veinte personas, la abandona, huyendo de los defensores de la religión.

Entre los veinte vecinos que no quisieron huir, había unos cuantos nacionales que, hartos confiados, creyeron que no se les molestaría; pero dueños de Chiva los carlistas, después de entregarse á la rapiña y otros excesos, llevaron los veintisiete prisioneros de Liria al convento, y juntamente con los confiados nacionales de Chiva, los atormentaron y mutilaron horriblemente y después les dieron muerte.

Al entrar en Chiva las tropas liberales—dice un historiador (1)—les hicieron ver las mujeres de la población, desesperadas y llorosas, el cuadro que ofrecía el convento, donde se habían perpetrado los asesinatos.

Causaba horror la vista de los cadáveres que se hallaban en dicho sitio, en particular los de doce nacionales: encontraron que tenían cortadas las partes más sensibles del cuerpo, un balazo en las rótulas y los bigotes quemados.

(1) Dámaso Calvo y Rochina de Castro. Historia de la guerra carlista. Citado por Pirala.

BALMASEDA

El bárbaro Balmaseda quería anular á su generalísimo el tigre del Maestrazgo, realizando actos de ferocidad que le dieran nombre.

El no conocía otro sistema de guerra que el incendio y la devastación; nuevo Atila, no quería que la hierba volviese á brotar donde pusiera los piés su caballo; pero á todas sus ferocidades superó lo que hizo en Roa, á donde se dirigió con 1.500 infantes y 300 caballos, precedidos de un enjambre de paisanos con hachas y otros instrumentos para derribar las puertas.

Rechazados cuantas veces intentaron el ataque contra los nacionales parapetados en la iglesia, incendiaron ésta, y como ni aun así lograran su intento, porque en medio de las llamas los liberales resistían heroicamente, abandonaron el pueblo incendiando todas las casas.

Este Balmaseda es el mismo que más tarde publicó un bando, prescribiendo que se le diesen en el término máximo de quince días todos los vecinos de los pueblos de Burgos que, habiendo pertenecido á las filas carlistas, se hubiesen acogido á indulto ó al Convenio de Vergara, so pena de decapitarlos donde quiera se les cogiese; con la advertencia de que fusilaría á los padres ó en su defecto á los hermanos, á los parientes más inmediatos, á los protectores que les aconsejasen ó diesen auxilio; y á los alcaldes, á los ayuntamientos desafectos y á las personas más influyentes de los respectivos domicilios se les confiscarían los bienes, quemando sus casas y arruinando todos sus haberes. Esta orden se comenta por sí sola.

Tampoco necesita comentarios esta otra del mismo malhechor Balmaseda á los alcaldes:

«En el término de 24 horas pondrán ustedes en Carazo los artículos que á cada uno se les marca al margen. Por cualquier omisión ó falta que se experimente, serán pasados por las armas las justicias, ayuntamientos, perturbadores, hasta indirectos, de la ejecución, y seis personas más ricas é influyentes y además el pueblo con el duplicado del pedido.»

EL SERRADOR

El Serrador, otro de los cabecillas carlistas, perverso y cruel como todos ellos, huyendo de las tropas liberales buscó refugio con su partida en Soneja. Era esta población eminentemente liberal, como hoy lo es republicana, y allí no encontraron los carlistas más que ancianos, mujeres y niños, pues los hombres útiles habían huído todos.

Fieles á su sistema cometieron los carlistas en este pueblo toda clase de brutalidades y atropellos; robaron, insultaron, vejaron, apelearon, oprimieron, y no contentos con esto, meditaron y ejecutaron un plan horrible.

Pretextando que las raciones les habían sido envenenadas, cerraron las salidas del pueblo con guerrillas, prendieron fuego á las mieses amontonadas en las eras y después incendiaron el pueblo.

Corrían por las calles desoladas y despa- voridas las pobres mujeres llevando en brazos á sus tiernos pequeñuelos, buscando escapar de las llamas, y tenían que retroceder llenas de espanto ó caían cubiertas de sangre á las descargas cerradas de aquellos defensores del altar y el trono. Venerables ancianos con la cabeza cubierta de canas y encorvados con el peso de los años, buscaban también librarse de una muerte horrorosa huyendo del incendio; pero del pueblo no podían escapar, pues los carlistas habían tomado muy bien todas las salidas, y aquellos pobres viejos tenían que optar entre morir achicharrados ó víctimas del plomo asesino...

Soneja quedó destruída, y entre sus humeantes escombros y cenizas, medio tostados, aplastados ó muertos á tiros, cadáveres de mujeres, ancianos y niños á montón.

QUILEZ

El cabecilla Quilez, otra gloria de los carlistas, tan vil, cruel y sanguinario como todos sus compañeros y correligionarios de ayer y de hoy, intenta apoderarse de Alcorisa.

Los liberales, parapetados en la iglesia y casas contiguas, haciendo disparos muy ciertos y dando continuas muestras de valor y heroísmo, impiden que las hordas se apoderen de todo el pueblo.

Saquean los carlistas la parte que consiguen ocupar, y se retiran incendiando ciento sesenta y tres casas.

Dejando á sus espaldas el incendio y la destrucción, se dirige Quilez con su patolea, á Montabán. También los liberales se refugian en la iglesia, pero á pesar de su heroísmo,

los carlistas consiguen hacerse dueños de la población.

Fingiéndose Quilez interesarse por los habitantes del pueblo, publica un bando autorizando á los vecinos para sacar en una hora lo mejor que tuvieran en sus casas, anunciando las iba á quemar luego; y cuando los consternados vecinos salían cargados con los objetos de más valor, los carlistas se apoderaron de todo, incendiando en seguida el pueblo, que quedó destruído, dejando sin hogar y sin bienes á aquellos infelices.

JARA

A la cabeza de su cuadrilla de bandoleros y al grito de ¡viva la religión!, el robo, el asesinato y la violación le seguían á todas partes.

En Castilblanco de Extremadura, intentó inútilmente apoderarse de treinta y seis hombres que componían el destacamento y que se habían hecho fuertes en la casa-pósito situada en la plaza. Cobarde y ruin, no atreviéndose á atacar á aquel puñado de héroes, mandó prender fuego á la plaza en toda su circunferencia.

Rodeados de llamas por todas partes y reducidos á un pequeño recinto, aquellos valientes pudieron á pesar de todo librarse de caer en manos de Jara y sus asesinos.

Entregada la población al saqueo asesinaron al diputado provincial don Pedro Galán, maltrataron á su esposa de la manera más villana, violaron como de costumbre, y se llevaron presos á muchos vecinos.

La mayor parte de la población quedó reducida á cenizas.

GRAU

Grau, un mal estudiante que cambió los libros por la espada en 1834, dióse á merodear con su partida por las faldas de Montseny, en Cataluña.

Los dueños de las casas de todo aquel terreno le trataban con cariño y consideración tan grandes, que en otro hubieran despertado la gratitud, pues sobre proveer á él y á su cuadrilla de todo lo necesario, le salvaron muchas veces de caer en manos de las tropas liberales.

Un día llamó á todos los propietarios de estas casas y les impuso una multa, al que menos de cien duros. Un pobre anciano de setenta años, á quien exigía 700 duros, se arrodilló á sus piés, jurándole que no tenía en su casa más que veinte duros, y lejos de acceder, ordenó se le diesen setecientos palos.

Otra vez impuso al pueblo de Tena una multa de 1.500 duros, que le debían entregar en el término de tres días. Como no se la hubiesen satisfecho al cuarto día, llamó á Viladrau al Ayuntamiento, y en medio de la plaza dió al alcalde y regidores tantos palos como duros les había pedido, reteniendo los presos, con la amenaza de repetir el castigo si á los tres días no entregaban los 1.500 duros. ¿Hicieron otro tanto los de la Mano negra?

TORRES

Huyendo de las tropas liberales, invade Torres con sus hordas la Cerdeña, donde comete los más horribles actos de vandalismo.

Incendia, saquea y destruye el pueblo de Martinet; saquea y quema todas las casas de campo que encuentra á su paso; roba ganados, arrasa y tala las cosechas, destruye los sembrados, secuestra á las mujeres é hijas de los liberales y comete con ellas los actos más repugnantes: violadas primero, se asesina después á las que no entregan el rescate exigido.

Aquel bandido, peor mil veces que las fieras, que confesaba y comulgaba y era muy devoto como buen carlista, hizo quemar vivo en la sierra de Tivesa á un pobre niño de doce años por el enorme delito de ser su padre liberal.

ALTIMIR

Buen católico y de la madera de los buenos cabecillas. Ayunaba, rezaba el rosario con gran unción y al frente de su partida practicaba estas cuatro virtudes del catecismo carlista: robar, asesinar, violar é incendiar.

En Caldas de Mombuy asesinó á seis paisanos que trabajaban en un campo, llevándose prisioneros á otros para exigirles después un fuerte rescate.

TORNER

En Pobra, Villalba y Cervera, después de robar y cometer toda clase de infamias, se llevó prisioneras á las madres, y hermanas de los nacionales. Los insultos, los atropellos que sufrieron aquellas infelices puede adivinarlos el lector. No fueron asesinadas, como de costumbre, porque los liberales prendieron á una porción de parientes de los cabecillas y esto contuvo á Torner.

(Continuará.)